

Historia y Arte

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

DIRECTOR

ADOLFO HERRERA

Año I

Madrid, Junio de 1895.

Núm. 4.º

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1895

IMPRESIÓN GENERAL

DE 1856 Á 1895



La primera Exposición general de Bellas Artes, celebrada en Madrid en las galerías del Ministerio de Fomento, se abrió el 20 de Mayo de 1856: entre ella y la que se acaba de inaugurar, en el mismo día y mes, han trascurrido treinta y nueve años y se han verificado catorce certámenes de igual clase.

Prescindiendo de si el Estado debe ó no proteger las artes, cuestión de principios ajena por hoy á nuestro propósito, es un hecho que aquí donde las letras viven sin obtener notables favores de la acción oficial, las artes del dibujo, y en particular la pintura, son objeto de atención más ó menos inteligente pero constante por parte de los Gobiernos. Indudablemente las manifestaciones de este celo han carecido de criterio fijo y unidad de miras, las adquisiciones de obras han dado ocasión á muchos errores é injusticias, mas también es cierto que ninguna muestra de la cultura nacional ha conseguido estímulos tan poderosos. Todavía no han dispuesto las Cortes que se premie de modo extraordinario el mérito de un autor dramático, de un novelista, de un historiador ó de un poeta y, sin embargo, en más de una ocasión han acordado las Cámaras la compra de cuadros notables, pagándolos con cantidades, si mezquinas tal vez con relación á su valor artístico, exorbitantes si se considera la pobreza del país y el abandono en que viven y aun prosperan la dramática, la novela y la lírica. Mientras el Teatro Español está, como el matadero, en poder del Ayuntamiento, la Nación costea escuelas de dibujo, sostiene una Academia en Roma y consigna en los presupuestos par-



HISTORIA Y ARTE

tidas destinadas á la adquisición de obras en las exposiciones oficiales. Finalmente, los gobiernos que se han sucedido en el poder desde 1856, y no han sido pocos, han modificado los reglamentos de esas exposiciones obedeciendo á diversos criterios y ensayando sistemas opuestos; desde el severo y restrictivo que tiene por base la designación ó nombramiento de jurados oficiales, hasta el más amplio y liberal que se funda en autorizar á los artistas para que entre sí elijan los que desean por jueces. Sería interesantísimo el estudio de estos reglamentos; ofrecería también mucha enseñanza la estadística de las medallas concedidas y de los cuadros comprados desde 1856; pero ni disponemos de espacio para ello, ni es ésta la ocasión: nos permitimos sólo tales indicaciones para decir que la protección del Estado á las Bellas Artes habrá sido más ó menos acertada, pero que no se puede poner en duda.

¿Cuáles han sido sus resultados? ¿Qué es hoy la pintura española? ¿En qué medida y con qué caracteres refleja nuestra situación artística la Exposición de 1895? ¿Es mejor ó peor que las pasadas?

Á satisfacer razonadamente estas preguntas se encamina el presente artículo, pues la reseña crítica propiamente dicha está encomendada en HISTORIA Y ARTE á dos escritores cuyo elogio, que sería justicia, me vedan razones de compañerismo.

Volvamos por un momento la mirada hacia lo pasado para recordar cuáles son los antecedentes que, según nuestro propósito, conviene tener en cuenta.

Á los pocos años de verificada la primera Exposición oficial se inició en la pintura española un progreso indudable. Las tendencias neo-clásicas al modo francés, importadas por D. José de Madrazo, y el sentido romántico, cuyos orígenes tampoco eran españoles, en que se inspiró su hijo D. Federico, fueron compenetrándose y modificándose según las condiciones, facultades y tradición que nos eran propias, hasta crear, si no una verdadera escuela, á lo menos un núcleo de artistas animados por ideas comunes. De la primera de aquellas dos citadas tendencias tomaron el respeto al dibujo; porque, justo es decirlo, se había llegado al desprecio del natural, hasta que D. José de Madrazo vino á establecerse en Madrid; y de la segunda, de la escuela romántica, bebieron aquel espíritu poético que trae á la obra pictórica el poderoso auxilio de la expresión del sentimiento. De esta fusión, de este consorcio en que el segundo elemento arraigó aquí más fácilmente por la índole de la raza, nacieron *Los Comuneros* y *Los Puritanos*, de Gisbert; *Doña Juana la Loca*, de Vallés; *Los enterramientos del tres de Mayo*, de Palmaroli, y el *Testamento de Isabel Primera*, de Rosales; lienzos cuya ejecución puede hoy parecernos, con justicia, más ó menos pobre; pero en que los pintores procuraban, y á veces conseguían, no sólo demostrar aquella cultura sin la cual no hay arte posible, sino también que eran capaces de pensar y sentir un asunto. No ensalzo ni defiendo su manera de pensar: me limito á recordar la ilustración, base de su trabajo.

Caracteriza este período el predominio de los asuntos históricos: la pintura que entonces se denominaba de género, y ahora llamamos de costumbres, era considerada como muy secundaria: creíase que en el cuadro lo principal era la expresión, el carácter del hecho que conmemoraba, y la importancia de éste se medía por la magnitud y trascendencia del suceso representado: lo que se refiere á la ejecución, la pintura propia-

HISTORIA Y ARTE

mente dicha, pasaba por condición de menos importancia: no sería difícil citar cuadros de esta época admirablemente concebidos, ricos de sentimiento y bastante mal pintados.

Pasan algunos años y la influencia de Fortuny modifica la marcha de la pintura. No disponemos del espacio suficiente para recordar cómo se forma aquella insigne personalidad, ni hace falta, porque todos lo sabemos: á nuestro propósito basta consignar que él contribuyó mucho á que la ejecución tuviera la importancia que merece; pues si lo primero que ha de saber el literato es escribir, lo que ante todo debe dominar el pintor es la paleta.

Sin embargo, se continuó cultivando el cuadro llamado de historia: las exposiciones eran galerías de batallas, muertes de caudillos, entierros de soberanos, entradas triunfales, glorias de los Reyes Católicos, poderío de la casa de Austria y proezas de la guerra de la Independencia: el empeño de no dejar página histórica sin su correspondiente lienzo amenazó convertirse en monomanía.

Por fin, en la pasada exposición de 1892 pareció iniciarse un movimiento favorable á la pintura de costumbres.

En la de 1895, esa tendencia, esa inclinación, es indudable: los reyes, los príncipes, los caudillos y magnates, armados de todas armas ó vestidos con ropones y trusas, han cedido el puesto á gentes de la clase media, obreros de fábricas y rústicos trabajadores: la blusa, la boina, el paño pardo, el mandil y la chaqueta han dado al traste con los tisúes y brocados.

Vemos ahora, como desde hace años se venía observando, en completo y lamentable olvido el estudio del desnudo, que es la más alta y noble manifestación artística; pocas obras de carácter religioso, y de historia muchas menos que en concursos anteriores. Aquellos asuntos tomados de las páginas de Mariana, Zurita y Lafuente, hechos y hazañas admirables, pero punto menos que imposibles de llevar al lienzo, porque sólo se pinta bien lo que se ve, han sido destronados por escenas vulgares de las que ocurren con tal frecuencia que el artista sufre directamente la emoción que causan y puede además acercarse á tener en todo el natural por modelo inmediato.

Éste es el rasgo característico de la presente exposición: el predominio de lo que algunos llaman *género* sobre la *historia*. Pero ¿en qué condiciones viene y con qué caracteres se presenta este cambio? Para responder satisfactoriamente á esta pregunta me conviene declarar antes que soy de aquellos para quienes el mérito de un cuadro depende en primer término de cómo está pintado: lo que en él se representa me parece secundario con relación al modo de expresarlo: creo, en una palabra, que puede haber cuadro sin idea, pero que no hay arte sin forma, y que pintar es conseguir con líneas y colores la ilusión de la realidad. De esto á suponer que la forma se alcanza única y exclusivamente con la pincelada hay gran diferencia. El dibujo, la colocación y composición, el claroscuro y la factura son partes de aquella totalidad, elementos para lograrla.

Lejos de comprenderlo así, muchos de nuestros artistas confunden la forma con la ejecución, supeditan aquélla á ésta, y aun desplegando extraordinaria habilidad, que pudiera calificarse de mecanismo, no llegan, sin embargo, á dar á lo pintado el aspecto y mucho menos el espíritu de lo real.



HISTORIA Y ARTE

Es también muy digno de observación que, al pasar de los asuntos históricos á los de costumbres, los pintores han conservado su afición á lo pavoroso y triste, casi se puede decir á lo dramático en el sentido vulgar de la palabra. La exposición está llena de incendios en mar y tierra, naufragios, niños enfermos, muertos y huérfanos, mujeres solteras ó casadas que han menester perdón de padres ó maridos, desahucios, locos, trabajadores heridos y, en fin, todo linaje de calamidades é infortunios hechos con más ó menos dominio de la paleta, pero en general, faltos de sincera emoción, exagerados, en los cuales aparecen siempre el suceso y la situación no en el momento y con los caracteres que pueden ser más bellos y artísticos, sino buscando el modo de que impresionen desagradablemente.

Y no se diga que ese cúmulo de tristezas refleja males sociales, que todos han de sentir por igual, porque la mayor parte de las penas que allí vemos pintadas son de carácter individual, como la pérdida de un hijo, é independientes de la voluntad humana, como los incendios y naufragios.

Piensen en esto los artistas y se persuadirán de que la importancia del asunto y la impresión que puede causar no radica exclusivamente en la índole terrorífica de lo que el autor imagina ó escoge, sino en el modo de tratarlo. La novedad, la poesía, el buen gusto, la gracia y la fidelidad dan condiciones pictóricas á muchas cosas de la vida que aparentemente no la tienen.

Si de la elección del asunto pasamos á examinar su desempeño, pronto notaremos que escasea la corrección de dibujo, que hay pocos pintores que coloquen bien una figura ó compongan un grupo, y mucho menos que se esmeren en ponderar y equilibrar las masas de un cuadro; advirtiéndome que no abogo por aquellas viejas leyes de composición académica con las cuales no había originalidad ni naturalidad posible, sino que me refiero á esa educación de la inteligencia, á esa delicadeza del sentimiento de la forma, que hacen al verdadero artista inspirarse de lo real en lo más característico y más bello, y colocar los modelos escogiendo siempre lo mejor.

Á falta de las cualidades y circunstancias que aquí echamos de menos, justo es consignar que son muchos entre nuestros pintores los que ven bien el color, ya estudiándolo y reproduciéndolo tal cual es en trozos aislados, ya relacionando el de partes diversas hasta obtener por entonación general lo que no se puede lograr sino con respecto á la totalidad. Diríase que hay en España una raza especial de artistas cuya organización visual es tan perfecta y poderosa al apreciar la luz y el color como defectuosa y débil al darse cuenta de la importancia de las líneas. Aun en cuadros indudablemente malos se puede encontrar algún trozo justo de color y, en cambio, obras por diferentes conceptos dignas de aplauso están afeadas por grandes ignorancias y descuidos de dibujo.

En cuanto á la ejecución y el mecanismo, lo que hoy llamamos factura, no cabe duda de que se ha progresado mucho. Á falta de grandes dibujantes, de artistas de sólida cultura, de cerebros organizados para pensar bien, podemos asegurar que aquí se hace el trozo de pintura como en ninguna parte. Aun faltando en la presente exposición firmas, en este concepto importantísimas, no hay exageración al afirmar que muchos jóvenes de los que ahora están al comienzo de su carrera pintan mejor que los que hace

HISTORIA Y ARTE

veinte y treinta años eran recompensados con primeras medallas. Organizaciones fisiológicas, aptitudes individuales para percibir cuantas maravillas de luz y de color puede desplegar la Naturaleza, facultades asombrosas para interpretar la apariencia y calidad externa de las cosas, hé aquí los medios de expresión que posee la actual generación; es decir, tiene lo que al nacer se recibe en suerte ó por herencia se trasmite: le faltan, en cambio, la seguridad en el dominio de la línea, el buen gusto en el arreglo y disposición del conjunto, la delicadeza de sentimiento que hace al artista encontrar el alma de las cosas, y sobre todo aquella general cultura que debe distinguirlo de los demás trabajadores elevándole sobre ellos.

Justo es reconocer que en esta exposición figuran obras notables pertenecientes á un género difícilísimo de tratar: el retrato.

Los antiguos pintores españoles sobresalieron como retratistas, emulando y aun excediendo las glorias de italianos, flamencos y alemanes: los de nuestros días han tardado bastante en empaparse de que hacer un retrato es algo más que pintar bien un modelo. Las dificultades que para ello es necesario vencer superan á todo encarecimiento, porque si un cuadro puede ser aceptable y aun digno de elogio sólo con que en él resplandezca una buena cualidad desarrollada en grado superior, el retrato ha de reunir las todas.

No basta que tenga bien puesta la figura, que esté correctamente dibujado y sea justo ó hermoso de color, ni que por lo hábil ó sobrio de factura sea un prodigio: es preciso que á estas excelencias reúna, y por cima de ellas resalten, la verdad, la expresión y algo indefinible que se ha de hacer con medios materiales y que, sin embargo, es puramente moral: el carácter. No hay un solo retrato célebre que carezca de él. Los que hicieron Tintoreto y el Greco parecen pertenecer á individuos que hemos conocido y tratado; la decadencia española está escrita á pinceladas por Velázquez y Coello en los rostros de los príncipes de la dinastía austriaca; basta ver *Los Pañeros* de Rembrandt para comprender que la sociedad á que pertenecieron era una burguesía mercantil; hasta las damas y caballeros de Lebrún y Vanló, que no eran por cierto pintores maravillosos, tienen aquella condición que refleja juntamente el tipo físico y la índole moral.

Tales escollos ofrece el retrato, que los que generalmente se citan como de mérito excepcional no sólo han sido ejecutados, salvo rarísimas excepciones, por los grandes maestros, sino que éstos los hicieron cuando habían llegado al completo desarrollo de sus facultades y cuando sabían más. De Rembrandt, de Velázquez y de Goya los últimos son los mejores.

Ahora, y por cierto con notables bríos, vuelven nuestros pintores á cultivar el género. Desde que Emilio Sala expuso en 1881 el admirable retrato de la marquesa de la Coquilla, no se habían presentado tantos como en la actual exposición, ni parecían los pintores conceder á esta especialidad la importancia que tiene.

En lo que á ella se refiere, como respecto de todo lo demás, voluntariamente prescindiendo de reforzar algunas de las opiniones que sostengo con ejemplos sacados de entre las obras ahora expuestas ó citando nombres propios.

Ni en son de censura ni con propósito de elogio quiero traer á nadie por testigo,



HISTORIA Y ARTE

deseoso de mostrar aquella imparcialidad que aun errando no causa el menor daño. Que las buenas cualidades y deficiencias á que me refiero son indudables puede comprobarlo quien quiera recorriendo la Exposición. No: no existe la proporción deseable entre el esfuerzo empleado y el resultado obtenido desde 1856. Enseñanza oficial, exposiciones, medallas, compras, pensiones de fondos generales y provinciales.. con todo junto no se ha logrado desarrollar los gérmenes de grandeza artística. Poco importa que no exista una escuela española contemporánea absolutamente distinta de las extranjeras, pero es doloroso que no esté más alto el nivel ordinario, el término medio de nuestra pintura nacional. Las exposiciones no se hacen ni deben hacerse para que en ellas triunfen criterios ó tendencias determinadas, ni para que sobresalgan é imperen dos ó tres nombres: se celebran para que el país tenga idea aproximada de sus fuerzas artísticas: son como esas grandes paradas que disponen los militares y donde se dan cuenta del estado de los ejércitos. Pues bien, la revista de este año demuestra que nuestro ejército artístico tiene unas condiciones y carece de otras: aquellas que cada individuo ha traído de su hogar, de su maestro particular, de sus estudios propios, son las que posee: las que mediante sabia organización y disciplina han debido darle las escuelas y academias son las que le faltan. La acción gubernamental ha sido intensa, pero tan insegura y tornadiza que con cada ministro ha variado de pensamiento. Reflexionen un poco sobre esto aquellos que por su posición oficial pueden contribuir al remedio, y piensen en ello particularmente los artistas que, si se lo proponen, elementos tienen para solicitar de los poderes públicos cuanto á su prosperidad conviene.

Ni el patriotismo puede cegarnos ni el respeto á la verdad permite que callemos: es necesario trabajar mucho y sin descanso para que la pintura española alcance el grado de esplendor que tiene derecho á esperar mediante las condiciones de nuestra raza y conforme á su tradición gloriosa.

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

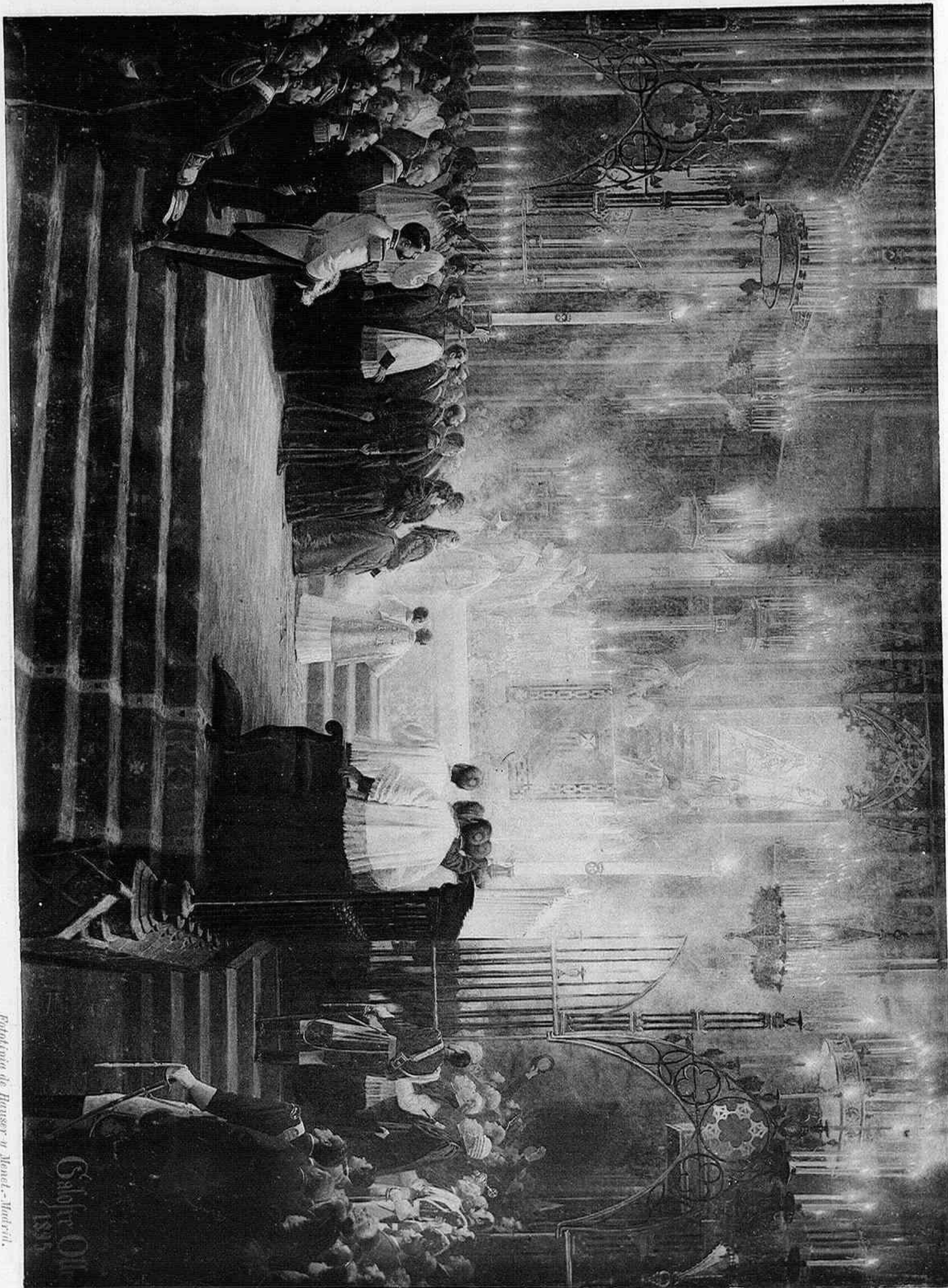
Madrid 25 de Mayo de 1895.





ATENEO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO
MADRID
BIBLIOTECA

HISTORIA Y ARTE



Patrocinio de Hauser y Menet-Madrid.

FRANCISCO GALOFRE OLLER

CORONACIÓN DE LA VIRGEN DE LAS MERCEDES EN LA CATEDRAL DE BARCELONA. 1888

LAS SALAS DE LA DERECHA

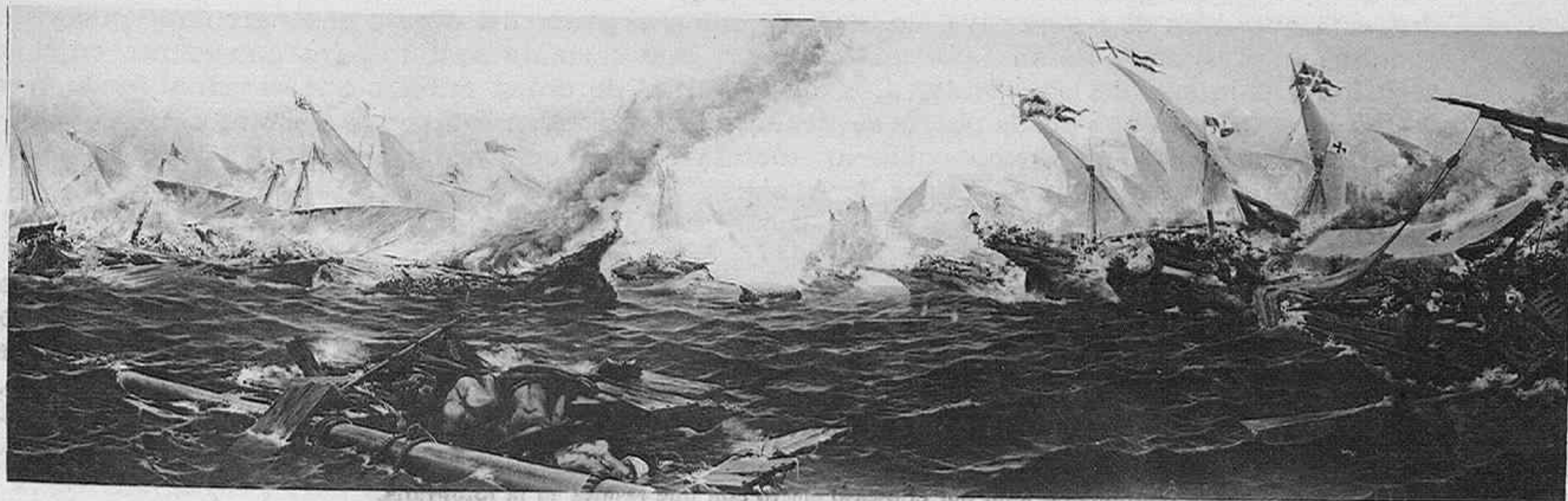
Heme aquí, benévolo lector, en uno de los más apurados trances de mi vida, pues al cabo de haber recorrido las cinco salas del ala derecha de la Exposición de Bellas Artes, me veo con mi bagaje de notas, tomadas al examinar los cuadros en ellas expuestos, delante de las cuartillas en que he de consignar el juicio que tales obras me han merecido y sin saber cómo ni por dónde empezar. Nace este mi embarazo de muy diversas causas: de una parte el convencimiento de que,



CRISTÓBAL FERRIZ Y SICILIA
TARDE DE OTOÑO.

con ser la crítica de las obras de arte cosa difícil entre las difíciles, pues juzgar de tan ilegible materia con arreglo á un criterio cerrado, á un sistema absoluto, sería tanto como desconocer que por aquella ley de naturaleza según la cual cada cosa engendra su semejante, y no otra distinta, resultaría ridículo y estéril pedir al artista formado en una tendencia determinada y conforme con su temperamento que produzca obras de diferente estilo, exigir al mero dibujante que se preocupe más de la propiedad y armonía del color, al colorista que dibuje con más corrección, al que busca los efectos de luz que emplee tonalidades de iguales valores, etc., etc., de donde se infiere que no hay crítica posible si el crítico no busca en las obras su punto de partida, que es la personalidad artística del autor, la dificultad sube de punto tratándose de autores vivos, algunos recién nacidos en el arte y de obras nuevas, producidas en una corriente que por no haber terminado su proceso no puede apreciarse serenamente; por otro lado, la consideración, hija de la idea apuntada, de que, como nadie se conoce, no siempre las obras por los artistas enviadas á una Exposición son las que mejor les representan, sino todo lo contrario, pues suelen ser alardes de suficiencia, á veces extrañas á las tales condiciones personales ó extrañas al verdadero carácter de sus autores; además, y éste es el punto más fuerte del embarazo, el delicado puntillo de cortesía de no pasar en blanco aquello de que el buen sentido y la consideración que merecen los errores ajenos aconseja tratar con aquella sentencia de *D. Quijote* de que peor es *meneallo*; y sobre todo esto, y para angustioso remate, el desequilibrio intelectual y el cansancio físico que producen las breves y apre-

seja tratar con aquella sentencia de *D. Quijote* de que peor es *meneallo*; y sobre todo esto, y para angustioso remate, el desequilibrio intelectual y el cansancio físico que producen las breves y apre-



JUSTO RUIZ LUNA.—LEPANTO.



HISTORIA Y ARTE

suradas horas dedicadas en pocos é improrrogables días á ver cientos y cientos de cuadros distintos, de estilos diferentes, de cualidades opuestas, todos reunidos como en mareante mosaico, de modo que al fijar en uno los ojos os solicitan, distraen y deslumbran los inmediatos, de donde resulta que veis los cuadros en condiciones tales que de seguro son las más desfavorables para apreciarlos en su verdadero valor, y menos aún para juzgarlos. Y en este punto sí que quiero detenerme para pedir que los organizadores de Exposiciones rompan con tan rutinaria costumbre y procuren, puesto que local sobra, exponer los cuadros espaciados convenientemente, para descanso de los ojos y sosiego de las seseras.

Pero la imprenta espera, el tiempo apremia, el espacio es corto... Fuerza es tomar algún partido. Sirvan, pues, de previa disculpa de nuestros errores y omisiones los anteriores descargos, y entrémonos, lector, por la primera sala, donde, como en las siguientes, nos detendremos tan sólo en los cuadros que más soliciten nuestra atención, pues no hay lugar para más.

Fijémonos en un cuadro pequeño: *El otoño*, de Cristóbal Ferriz, el afamado paisajista, que aquí nos ofrece un precioso estudio en el que la viveza y variedad de tonos de las flores que bordean un lago contrastan con las tintas oscuras de los árboles del fondo.

Fijémonos después en un lienzo importante que lleva por título *Víctimas del mar*, y en el que su autor, Sr. Armesto, da muestras de que sabe componer y ejecutar con bastante conciencia. Las figuras, especialmente el marinero que destaca en el grupo de los que traen al naufrago y la mujer de éste rodeada de sus pequeñuelos, están tratadas con cierta grandiosidad, dibujadas y sentidas. La tonalidad es agradable y da cabal idea de la luz difusa y del ambiente acuoso de la costa.

Al lado de este lienzo hay otro con la firma L. Stuyck y el título *Verdaderos pobres*. El padre vencido por el sueño sobre los papeles en que ha escrito durante toda la velada, la mujer haciendo labor, muerta la luz del quinqué, apagado el brasero, el pequeñuelo dormido en la cuna, en la ventana los fríos albos del nuevo día... Este cuadro está bien pensado, cosa que no sucede en muchos.

Emigrantes, de Eliseo Meifrén, es una vista del puerto de Barcelona, con lindas figuras, que se recomienda por la fineza de las tintas grises que predominan en arquitectura, cielo y mar, en que se refleja el celaje, y revela un acertado estudio del natural, pintado con bastante soltura y de efecto agradable.

El cuadro del Sr. Béjar que encontramos más adelante nos ofrece un asunto quizá más legendario que histórico, pero interesante y pictórico: se trata del origen del escudo de Cataluña, ó sea el momento en que, según los cronistas, el Rey de Francia Carlos el Calvo, para premiar el esfuerzo de Wifredo *el Velloso*, Conde de Barcelona, herido al prestarle auxilio en su guerra con los normandos, pasa los dedos, tintos en la sangre del Conde, por el dorado escudo de éste, con lo que le dió cuatro barras rojas por empresa y la independencia al condado. La composición está bien hecha, y en la ejecución hay felices aciertos, especialmente en la manera de iluminar el interior de la tienda de campaña en que se desarrolla la acción y en el modo como están tratadas las telas, sobre todo el manto de Carlos el Calvo.

Termina la serie de esta sala con dos obras estimables, una de D. Isidoro Garnelo, que es un buen estudio de desnudo, en que el autor no desmiente su apellido, y *La Embaucadora*, del Sr. Ruiz de Salces, artista de buen gusto, que bien lo acredita con aquella gitana echando las cartas á una graciosa damisela sentada sobre un arcón antiguo.

Lo primero que encontramos en la sala siguiente es un buen lienzo de J. Uria: *Resultado de una huelga* (1). La gran nave del taller de una fábrica, que sirve de fondo á este importante cuadro, está muy bien de perspectiva, de luz y de color; el grupo del obrero ensangrentado que yace exánime en el suelo y de su infortunada mujer, está bastante sentido para concentrar en él la atención y el interés del observador. Los dos guardias de orden público que se ven al fondo y la fuerza de caballería que por la puerta se distingue, contribuyen á razonar el asunto. Al lado figura un elegante retrato de un conocido aristócrata vestido con media armadura y traje antiguo, pintado con acierto por D. M. López de Ayala.

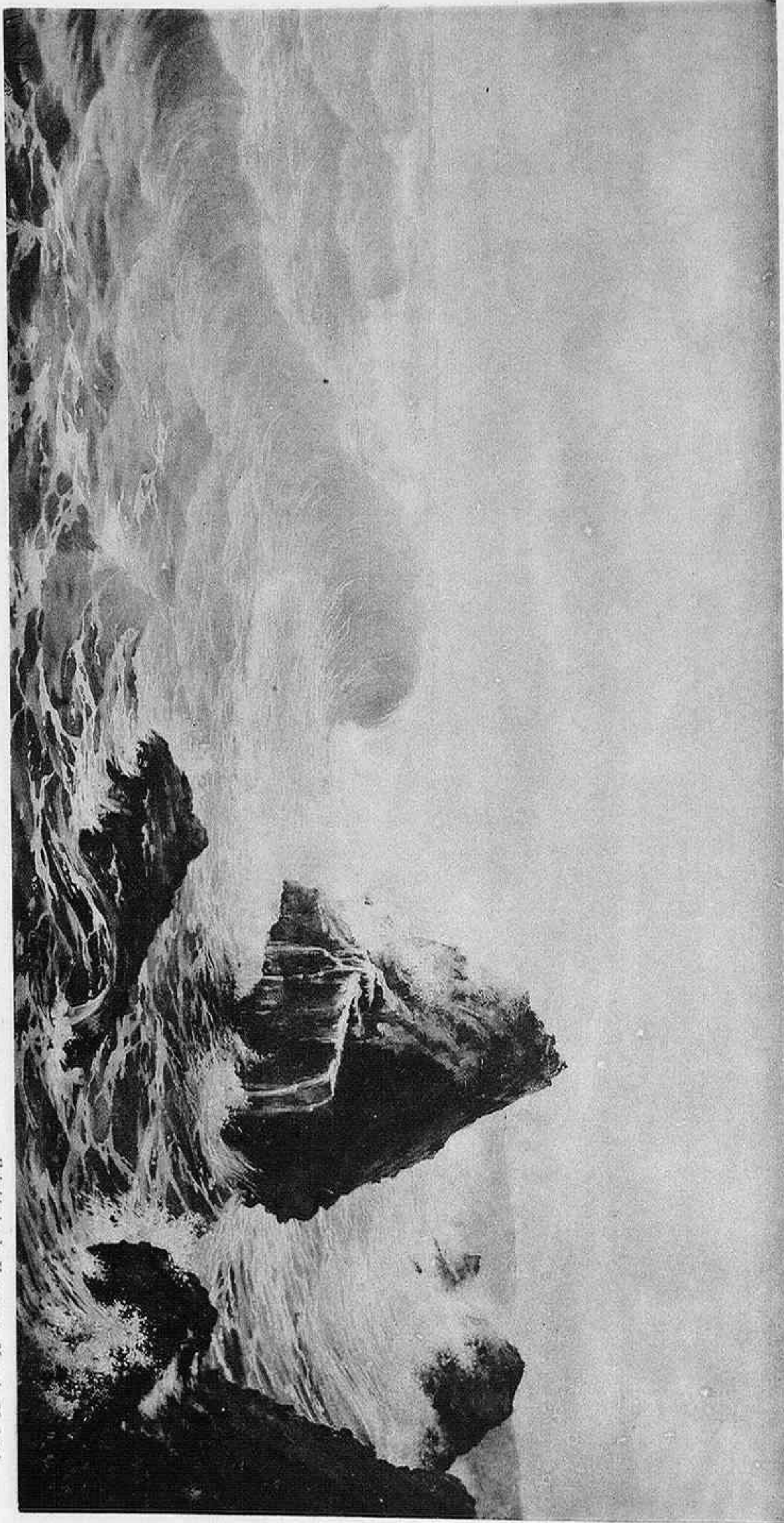
Del citado artista D. Isidoro Garnelo encontramos aquí un excelente lienzo, que lleva por título *Profetiza San Vicente Ferrer á Calixto III, Príncipe de la Iglesia*, y que sobresale notablemente entre los pocos de asunto histórico que en esta Exposición se hallan. La riqueza de color, la brillantez de luz sin efecto violento y la delicadeza de tonos atraen al espectador con poderoso imán á contemplar aquella sencilla figura del fraile á quien se acerca á besar la mano un niño de distinguido porte, grupo feliz que destaca entre nobles personajes y sobre un fondo característico.

Como página de la historia contemporánea más bien que como cuadro religioso debe consi-

(1) No ha podido reproducirse aquí por el escaso efecto con que resulta en la fotografía.



HISTORIA Y ARTE



Fotografía de Hauser y Wenzel - Madrid.

JOSÉ FERNÁNDEZ ALVARADO

SUDESTE



HISTORIA Y ARTE

derarse el lienzo inmediato, del Sr. Galofre Oller, mandado hacer por el Sr. Obispo de Barcelona para conmemorar la *Coronación de Nuestra Señora de las Mercedes en 1888*, fiesta que se celebró en la suntuosa catedral de aquella ciudad, en presencia de S. A. R. la Infanta D.^a Isabel, de varios Obispos, personajes y autoridades, á todos los cuales, así como al citado prelado, en el momento de coronar la imagen, se ve retratados aquí con gran fidelidad. Este es un cuadro lleno de dificultades, de las cuales no es la menor ésta de los retratos, ni la del contraste de la luz natural con la vivísima y dorada de la multitud de velas que lucen en arañas, blandones y candelabros, en cuyos resplandores se difuma el fondo. El autor ha puesto á prueba sus raras condiciones de artista, estudiando y apurando á conciencia tan múltiples y complejos elementos.

Dos marinas de buen efecto tiene en esta sala el Sr. Martínez Abades, y dos paisajes el señor Espina, sobresaliendo entre éstos *La tarde en El Pardo*, cuadro hermosísimo, de entonación viva y justa, que nos muestra una gran masa de árboles en primer término, el Guadarrama al fondo, y nos hace sentir toda la poesía que respira la Naturaleza.

Lepanto, del Sr. Ruiz Luna, es un cuadro que, como otro de grato recuerdo y del mismo autor, pertenece á un género especial, que podría titularse de *marinas históricas*. En efecto, trátase de un hecho bélico y glorioso, y fuera de unos cadáveres de turcos que se ven sobre restos de una nave que flotan en las aguas del primer término, allí no hay figuras que destaquen de la masa anónima de los combatientes, no se ven las de los héroes de la jornada; y, sin embargo, allí están, en aquellos barcos coronados de orgullosas banderas de vivos colores. No son tampoco los barcos los protagonistas, el protagonista es el hecho, es la derrota del Turco, es la victoria más grande de la Cristiandad; está presente, late y palpita entre aquellas dos escuadras, la una erizada de mortíferas bocas, la otra medio deshecha é incendiada. A esta manera de concebir el asunto responde la briosa ejecución con que el autor ha sabido representarle; y aquel mar que se disputan las dos imponentes flotas, en que se refleja el fuego de destrucción y de muerte, está pintado con una fineza de color que encanta y hasta distrae del asunto.

Después de nuestros pasados triunfos, nuestras presentes desdichas, que con vigoroso realismo nos descubre el Sr. Granés en *La Conjura*. Al contemplar este magnífico cuadro se sienten escalofríos. ¡Qué caras y qué tipos de tan innoble verdad los de aquellos feroces sectarios del anarquismo, que con argumentación fría y contundente, como navaja de Albacete, tratan de convencer y comprometer al sujeto sentado en medio de ellos para que ponga por obra algún satánico plan! ¡Qué cara tan criminalmente reflexiva la de tal sujeto! ¡Qué sombra tan amparadora del infame conciliábulo la que llena el recinto, y en la que brilla el resplandor de la colilla que chupa uno de los conjurados, como ha de brillar más tarde el cabo de la mecha destructora! Hay que verlo, hay que apreciar todo esto para comprender el modo como el artista ha sabido pensar y desarrollar su asunto. Pero el mérito excepcional de este cuadro no queda aquí, sino que va más lejos. Hay que ver cómo están dibujadas las figuras, con qué firmeza, con cuánto carácter. Hay que ver cómo está pintado todo, en una tonalidad oscura (1), sin que pueda decirse que resulta gris y con felices medias tintas en los rostros. Hay que ver, en suma, cuánta verdad encontrada sin rebuscamiento, expresada sin artificio, hay en este hermoso lienzo, que coloca á su autor entre los pintores de primera línea.

En la sala tercera encontramos un cuadro de D. Jerónimo Gómez Rodríguez, titulado *La carta del novio*, cuyos personajes, una educanda, la monja que ha descubierto el *pastel* y el padre de la niña, están muy bien de expresión; y *Naturaleza muerta*, lienzo pintado con la brillantez y buen gusto peculiares á su autora la distinguida artista D.^a Adela Ginés, que lo mismo pinta que modela.

Después se nos ofrece un lienzo de D. Enrique Serra, *Cercanías de Roma*, efecto de sol poniente que sobre el opalino cielo hace destacar la peregrina silueta de un antiguo acueducto y derrama su viva luz sobre el musgo que tapiza el pedestal de un ara pagana marmórea que destaca en primer término, y que surge de las tranquilas aguas del Tíber. Es un cuadro que hace sentir.

El femater de la casa, cuadrito de D. José Pinazo, es una pintoresca composición de costumbres valencianas, avalorada por la soltura de la ejecución y los encantos del color que el distinguido artista sabe sorprender en el natural. Y también son de notar dos lienzos pequeños, titulados *La Escolta Real* y *Desfile de artillería*, pintados por el Sr. Comba, con la graciosa facilidad que le es propia.

Seguidamente, empieza la serie de retratos, terriblemente numerosa en esta Exposición, y decimos terriblemente porque es claro indicio de que en los presentes tiempos de glacial indiferencia artística no hay casi mercado para otras clases de producciones pictóricas. Vemos allí un retrato de niña, del Sr. Arroyo; otro de *Niña «Celia»*, del Sr. Perich; otro de señorita, del Sr. Manrique de

(1) Por esta circunstancia no ha podido reproducirse aquí.



HISTORIA Y ARTE

Lara, varios, entre ellos el del conocido hombre público Sr. Villaverde y otro del Sr. Martínez de Roda, pintado por el distinguido académico Sr. Martínez Cubells, que luce en ellos la brillantez de su paleta, y otro de la Sra. de Martínez de Roda, pintado por el Sr. Masriera, con mucha delicadeza.

Entre los dos retratos acabados de indicar, hay un cuadro grande que atrae las miradas. Es del afamado artista D. Cecilio Pla, quien lo titula *Lazo de unión*. Al momento se echa de ver que el asunto es un drama conyugal. El marido, sentado, inquieto, sin enojo, porque debe ser delincuente, mira al espectador como preguntándole dónde está la solución de aquel conflicto; la mujer, recostada al extremo opuesto del mismo sofá, junto á su costura, de espaldas al acusador de su desdicha, llora y cubre con el pañuelo su rostro; la niña, lazo fortísimo de aquella unión rota, con precoz instinto femenino coge del vestido á su madre y del brazo á su padre, hacia el cual vuelve el rostro como pidiéndole la felicidad que él ha debido jugarse en alguna parte. La luz que alumbra la escena entra por una ventana que está sobre el sofá y cae de lleno sobre la figura de la mujer, que es uno de los trozos más hermosos del cuadro, mientras la del marido queda algo en sombra. Este cuadro, pensado, sentido, de factura franca y concienzuda, encierra grandes bellezas que convidan á contemplarle tanto como el asunto. Es cuadro para visto despacio, para meditado. Y á nuestro modo de ver, su mayor mérito es el arte con que está concebido y compuesto. Obra de un pintor reflexivo, debe colocarse entre las más serias y valiosas del presente certamen.

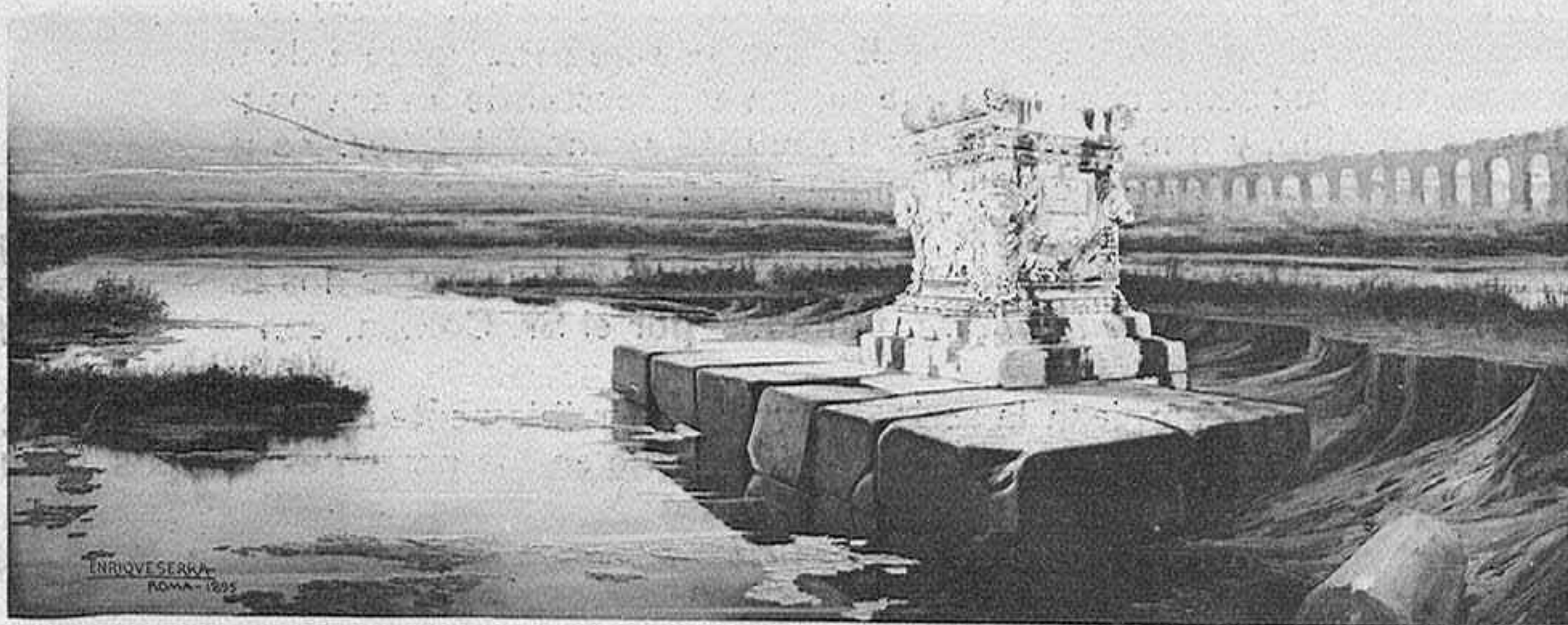


CECILIO PLA Y GALLARDO.—LAZO DE UNIÓN.

El distinguido pintor catalán Sr. Masriera presenta, además del indicado retrato, dos lienzos grandes y dos bustos de mujer, pequeños. De los grandes, el más importante es uno que lleva el caprichoso título *¡Son ellas!* Son, en efecto, dos muchachas bonitas y graciosas, dos *pierrettes*, una de negro, otra de blanco, que acaban de quitarse los antifaces y sonríen al espectador. El fondo es una cortina japonesa encarnada como el piso. Todo el cuadro rebosa gracia y está pintado con la riqueza de color y la delicadeza de toque que caracterizan á su autor. El otro cuadro del mismo, *Magdalena*, que nos muestra á la bíblica penitente en la desnudez de Eva y echada, nos es más simpático, pues las carnes están pintadas con unas medias tintas tibias y transparentes que dan á la figura extraordinario realce.

De soirée, *Wals* y *Tristeza* se titulan tres cuadros pequeños, de ejecución fácil y distinguida, originales del Sr. Miralles, tras de los que encontramos otro lienzo del Sr. D. Jaime Garnelo, *Amigos inseparables*, que nos descubre el interior de una casa pobre, donde duerme un niño en tosca cuna de madera, guardado por un hermoso perro que parece escuchar algún ruido exterior; la puerta está cerrada y el puchero de la comida puesto á la lumbre. Es un cuadro de factura pastosa, muy española.

No es menos español tampoco el cuadro inmediato, del señor Bertodano, *La vuelta del marinero*, en que se ve á éste, que es un viejo curtido, de expresión simpática, recostado en una cama, dis-



ENRIQUE SERRA Y AUQUE.—CERCANÍAS DE ROMA.

HISTORIA Y ARTE

poniéndose á tomar una taza de alguna bebida reconstituyente que le presenta una niña, mientras por la puerta del fondo aparece una joven, todo ello pintado con gran soltura, mucha verdad y bastante efecto.

Seguidamente, más retratos: dos, uno de un militar y otro de un abogado, pintados con solidez realista por el Sr. Alcázar Tejedor; uno de señorita, pintado con la factura fácil y la fineza de toque propios de su autor, D. Plácido Francés, y otro de una señora anciana haciendo calceta, nota de carácter de D. N. Esparza, que figura junto á un viejo que sobresale por la misma cualidad y lleva la firma del Sr. Romero.

Pero entre estos cuadros hay uno encantador, de Fernández Alvarado: es una marina. Se titula *Sudeste*, y sólo veis en él cielo y las bravías olas con todas transparentes y reflejos ofrece. Pero ¡qué mar aquél! Cuanto puede expresar da lo ha representado aquí diosidad propia del arte.

Nos queda por examinar esta sala; una pared que para visitantes prepara grandes se han reunido las obras de un revistero llamaría *fin de* cuadros de los modernistas, tillistas. Pero *cuidado*, como de Galdós, si hubiese tenido hay que reírse de tales obras; ño, pero el resultado es escasos admirable. El Sr. Guine un cuadro con fondo de jardinero jugando con un niño. El Sr. Nonell Monturiol, im tres cuadros, entre ellos uno lleno de viva luz, y á la chico con traje azul, que son muchas veces se encuentran Rusiñol, modernista, tiene

sobre todo dos, uno con dos niñas vestidas de azul, jugando en una habitación azul también, junto á una escalera del mismo color, sin más notas distintas que las flores de unas macetas, y otro con una muchacha entre las flores de un patio, en cuyo fondo da el sol, que asombran por la fineza de tonos y la armonía de las tintas con tanta originalidad empleadas. Y por ultimo, el Sr. Casas, modernista también, presenta un cuadro que debe colocarse entre los mejores de la Exposición; un cuadro que no puede contemplarse sin sentir impresión viva, y no precisamente por lo horrible del asunto que *re vil*, sino por el expresado. Es imza, en que la tro producen en unos dos fajas, que contrastan que domina en el apiñada multi en el que desta protagonista y miento, una co dos con su estan caballería y de á sas blanquecinas. do por la luz fría posible verlo, de superficie de



AURELIANO DE BERUETE.—VISTA DE TOLEDO.



FRANCISCO MASRIERA.—¡SON ELLAS!

lo claro, peñas oscuras la belleza de tonalidades intensas que el mar ¡Con qué brío está pintar la naturaleza mu- el pincel con la gran-

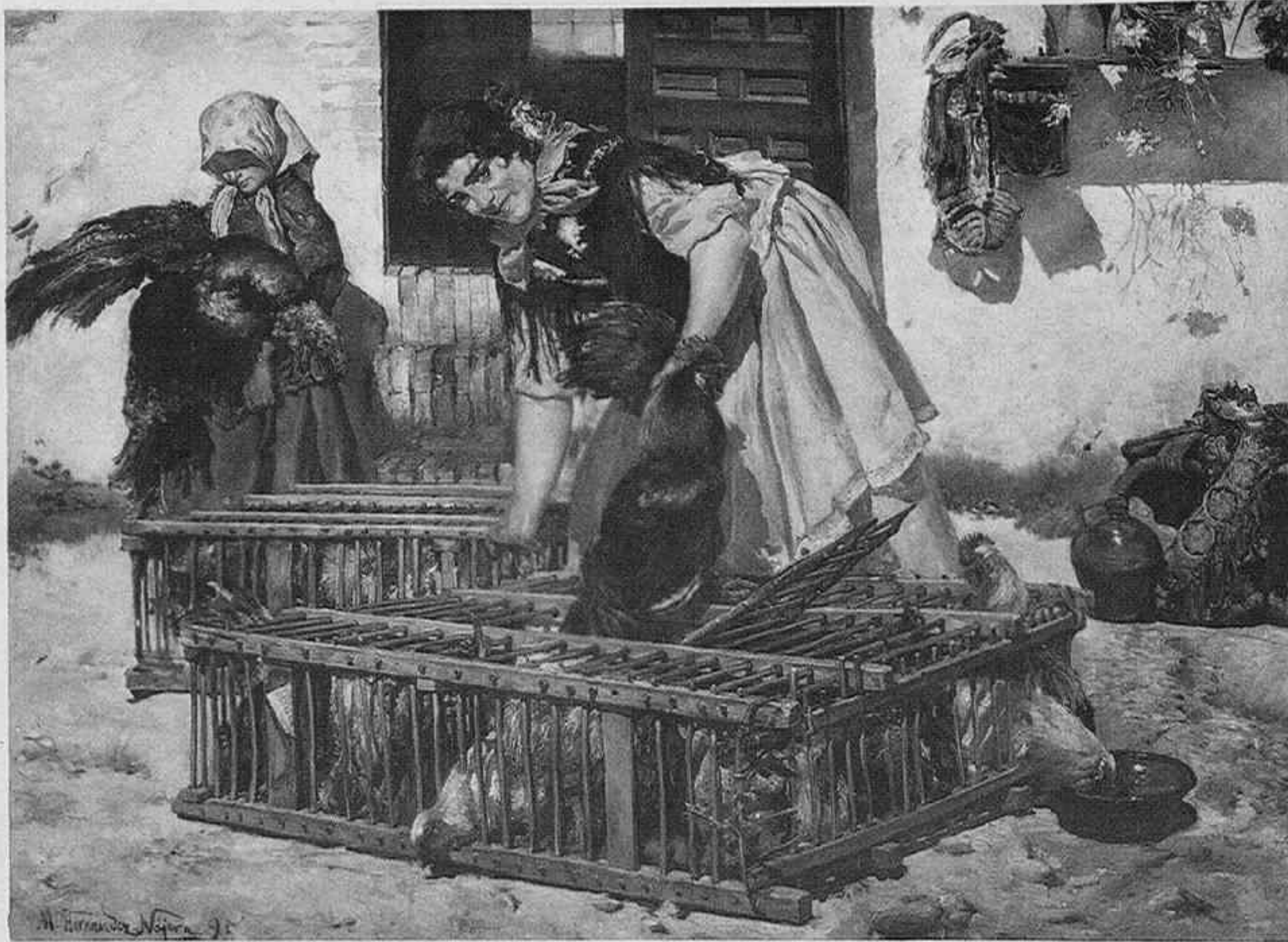
una pared entera de ra la mayoría de los sorpresas, pues en ella estilo novísimo, lo que *siècle*. Allí están los impresionistas y pun diría el Torquemada «sentido estético»: no el camino será excelente, y en algunos nea, puntillista, expojardín y por figuras el ño, muy bien hecho. presionista, presenta en que se ve un patio sombra, violada, un notas de color como en el natural. El señor aquí tres cuadros; pero

vela su título, *Garrote* modo como esto está posible ver aquella plapa (cuyos uniformes de los últimos términos una azul y otra roja, con la tonalidad gris resto del lienzo) y la tud forman un cuadro can el patíbulo con el su fatídico acompañafradía de encapuchadarte y guardias de pie, todo esto entre ca y árboles secos, bañadel amanecer... es imcimos, sin sentir en la nuestro ser algo pare-



HISTORIA Y ARTE

lo que están sintiendo aquellos espectadores en presencia de la horrenda justicia que van á consumir los hombres; y, sin embargo, el autor no ha buscado siquiera la nota patibularia: ha pintado lo que ha visto, sinceramente sin comentario. El reo, medio oculto entre sus acompañantes, resulta una figura insignificante y muy pequeña; el protagonista no es él, es el hecho: el interés se concentra en el grupo de que él forma parte y flota en la atmósfera de toda la escena, palpita en todas aquellas figuras, en aquella fuerza pública impasible como la ordenanza, en los guardias municipales que ateridos de frío están junto á la tapia que hay detrás del patíbulo, en aquella admirable multitud de cabezas que hierve y se agita, llena de curiosidad malsana ó despechadamen-



MIGUEL HERNÁNDEZ NÁJERA.—LEVANTAR EL GALLO.

te piadosa en todo el primer término del cuadro. ¡Y qué grupo éste! ¡Qué verdad tan fuerte, tan varia y tan hermosa hay en él! Tal efecto ha sabido conseguir el autor con el realismo ingenuo, la factura firme, sobria y la fineza de tonos, que constituyen su personalidad artística. Cuadro es éste que con la *Conjura* de Granes merecían ambos, por la lección moral que de sus asuntos se desprende, ser expuestos para siempre en sitio público; y cuenta que decimos esto sin conocer ni de vista á los citados autores.

No abandonaremos la sala tercera sin mencionar un buen estudio de desnudo pintado en tintas violadas muy finas por el Sr. Benedicto.

En la sala cuarta encontramos un lienzo agradable de D. J. Gárate, en que se nos ofrece un dique al cual se agolpa la gente atraída por un accidente desgraciado; otro muy brillante del señor Hernández Nájera, que representa el momento en que una señorita recibe una carta por el balcón, y un retrato de Dr. Sedano pin María. Después de flores y frutas en el que destaquen las hojas secas ginal de la disnanda Francés.



JOSÉ GARNEALO ALDA.—MAGDALENA.

A continuación con la firma saje de finos to Luego viene joven artista va torce son los nen, tres de gé todos ellos ha condición que sonalidad artís lidad con que biese querido ción hay un buen retrato del Sr. Peña y un paisaje debido al Sr. Stolz. la lucida exposición del lenciano Sorolla. Cuadros que la componero y diez retratos. En ce gala el autor de la más realce da á su peritica: la asombrosa facipinta; y como si huacer alarde de ella pro.

HISTORIA Y ARTE

poniéndose dificultades que vencer, la ha empleado en algunos de los retratos para dar á cada uno aspecto diferente, tratándolos en una tonalidad dada que recorre en varios de sus matices, produciendo pocas veces contrastes de color. Esa armonía dentro de una tonalidad se observa en el retrato de la señorita de Z. con vestido gris plomo, sobre una cortina de raso gris, junto á la seda gris de un sofá, sin otras variantes, aparte de las carnes, que un hermoso perro blanco y negro, la tela amarilla de un asiento y el oro del borde del sofá; y en el retrato de la señora de Latorre, que tiene un vestido de seda labrada verde claro, sobre una cortina verdosa, pintado todo por claro, con el contraste de un abrigo amarillo con plumas blancas, echado sobre un asiento, y los tonos calientes del rostro. Otro retrato pintado en tonalidades claras es el de una dama aristocrática, la condesa de S., cuyos timbres aparecen en uno de los ángulos superiores del lienzo, y cuya figura destaca sobre fondo gris, vestida de amarillo, con tules blancos bordeando el escote; las carnes están tratadas con delicadeza y con algunas tintas azuladas. Todo lo contrario resulta el retrato de la señora de Z., vestida de terciopelo negro, que contrasta con el rojo del fondo y de la butaca, cuyos dos colores son los que mantienen la armonía del cuadro; otro, hermosamente pintado, de la señora de M. T., vestida de morado y negro sobre fondo de habitación; el de la linda señorita de P. B., que lleva sueltos los rubios cabellos, viste traje de tul con viso rosa, tiene á su lado un gato de Angora y se destaca sobre un fondo japonés negro, con flores que tienen los matices de las lacas, todo ello pintado con exquisito gusto; el de madame H., sentada, pintado en una tonalidad caliente y viva; y cuatro de hombre, uno del Sr. de Z., el del arquitecto D. Félix Latorre, el del Sr. A. P. de la P. y el del conocido pintor Sr. Moreno Carbonero, sentado, con su paleta, como dispuesto á pintar. En este retrato la cabeza es de un vigor extraordinario.

Los cuadros pequeños de género son la *Bendición de una barca*, de ejecución briosa, lleno de luz, con el mar muy azul, color que también domina en las figuras, con el que contrasta el rojo de la sotana de un monaguillo, y *El mamón*, asunto de costumbres rústicas pintado en tonos finos, sobre todo en las cabezas que destacan por oscuro, puesto que la escena está iluminada por una ventana que hay al fondo.

La obra capital de Sorolla en la Exposición, y la más importante de ésta según algunas personas, es la que lleva el extraño título de *Aún dicen que el pescado es caro*. Dos marineros curan á otro malherido en los azares de la pesca, que está tendido en el suelo y medio desnudo; el lugar de la escena es el reducido camarote de un barco de pesca, alumbrado por el golpe de luz que deja penetrar la escotilla y que sobre las tibias penumbras del camarote hace destacar por claro el blanco torso del herido, y en su mayor parte por oscuro las figuras del marinero que le sostiene y del patrón que le enjuga la sangre de la herida. Tan peregrina disposición de los elementos del cuadro ha permitido al autor desarrollar sus excepcionales cualidades de colorista. A pesar de la extraña manera por la cual están iluminadas las figuras, no hay nota disonante; la luz se posa con fuerza sobre la tersa calva del viejo marinero, sobre la chaqueta amarilla y el negro gorro del patrón; pero no por eso ha cargado el pintor sobre estas notas brillantes todo el efecto del cuadro, sino que, conservándoles el vigor necesario y real, ha sabido contrarrestarlas con los tonos calientes de los rostros, con las medias tintas del fondo, luminosas en más de un punto, finísimas en el fogoncillo que hay á la izquierda; con lo que ha conseguido una armonía de valores, una tonalidad viva, á pesar de ser un cuadro oscuro, que sin duda constituyen el mayor mérito de éste y la razón del mágico efecto que produce. El cuadro interesa por esto, por el arte con que está pintado, é interesa por su simpático y asombroso naturalismo. Bien dibujadas, reales, llenas de carácter, las figuras destacan con humano relieve; la cabeza del patrón, con la barba sin afeitar, el cartílago de la oreja transparente por el efecto de la luz, es admirable. Aquellos dos viejos, por el momento callados, van á hablar en valenciano. Todo el cuadro está hecho con mucho saber, y no parece ciertamente obra de un joven, sino de un maestro.

El conocido paisajista D. Aureliano de Beruete ha presentado y tiene expuestas en esta sala cuatro obras excelentes, que titula *Vista de Toledo*, *Orillas del Tajo*, *Paisaje del Pardo* y *Paisaje de la Moncloa*, entre las que sobresalen, la primera, por las tonalidades claras y luminosas con que está interpretada la característica fisonomía de la imperial ciudad, y la última, por la extraordinaria fineza de las tintas verdes y grises del campo en que pastan unas vacas y que aquí aparecen como notas felices para la armonía del conjunto. Estos cuatro lienzos, pintados con gran distinción, son de lo mejor que en su género hay en el certamen.

Carlota Rosales, hija del inolvidable autor de *La muerte de Lucrecia* y discípula de otro artista insigne, D. Vicente Palmaroli, revela lo que ha heredado y lo que ha aprendido, con el retrato sólidamente pintado de su prima la Srta. de Martínez Pedrosa.

El Sr. Hispaleta presenta también otro retrato de una señora sentada, vestida de negro con abrigo de pieles, caído, figura bien dibujada y de tonalidad agradable.

Después encontramos *Pena de muerte al ladrón*, cuadrito de Morelli; una *marina*, de Navarrete



HISTORIA Y ARTE

Oppet; un precioso retrato de S. A. la Infanta D.^a Isabel, á caballo, pintado por el conocido artista D. José Garnelo; *Perico el de los Palotes*, que demuestra la saludable afición con que su autor, D. Carlos Vázquez, mira al retratador insigne del *Bobo de Coria*; el *Comedor de la Caridad*, cuadro bien compuesto y pintado, del Sr. Ugarte; *Martirio de Santa Eulalia*, del Sr. Palencia; *El mal ladrón*, estudio de desnudo, de sabor clásico, pintado por el Sr. Fernández Copello, y *La buena ventura*, de D. José Saint-Aubin. Este lienzo es de un realismo tan español como la gitana que á la puerta de la iglesia distrae con su charla y sus trapacerías á las dos mozas de cántaro que oyéndola olvidan sus menesteres.

La sala quinta nos ofrece, después de un cuadrito bien hecho, *Primavera*, que representa una figura de mujer, con fondo de paisaje, del Sr. Brull, y varios cuadros del citado pintor D. José Garnelo, entre ellos el cartón decorativo con que ha ganado recientemente un premio y que ya conocen los abonados á esta revista.

Los lienzos nuevos de D. José Garnelo son: *Dolorosa*, figura muy sentida; un retrato del señor Marqués de la Vega de Armijo, que le representa de uniforme, sentado, con un tapiz por fondo, y que ofrece un conjunto muy rico de color; *Domingo de Ramos*, retrato de una encantadora niña rubia que tiene en las manos un ramo de oliva y romero, pintado con gran delicadeza; *Lectura del Quijote*, precioso cuadro cuyas figuras visten de la época en que la inmortal novela de Cervantes empezó á regocijar á los españoles; y un cuadro grande con el título de *Magdalena*, que debe colocarse entre los más importantes de la Exposición. El asunto es digno *pendant* de *Lazo de unión*; los personajes son los mismos, los del eterno *nudo gordiano*, la mujer, el marido y el niño. Aquí la culpable es *ella*, y aunque el título no lo declarase se comprendería con mirar al cuadro y ver aquella mujer, *hermosa, por desgracia*, en traje de calle, que por lo elegante habla muy mal del arrepentimiento que ella quiere demostrar al marido, caballero de noble porte, cuya juvenil arrogancia coarta y consume la enfermedad que le retiene en aquel sillón donde sin duda devoró sus ocultas penas. Aquel hombre, de hermosa cabeza, mira al suelo, duda si perdonar, quiere aún sacar tesón de sus flaquezas; la mujer le ruega con seductora insistencia, llama al amor, no á la piedad, y el niño, figura delicada, primorosa, se asoma con angelical inconsciencia por el borde de un elegante biombo. Se comprende que este oportunísimo importuno es el que va á dar solución á aquella repetida escena del drama humano. Garnelo ha pintado este cuadro con gran soltura; ha empleado esa entonación caliente y suave, esa armonía de valores, esas tintas transparentes y finas que con tan poderoso imán atraen en sus obras, y ha cuidado de tratar cada uno de los elementos del cuadro con factura diferente, de manera que la cabeza del hombre pintada con amplitud, medio en sombra, la de la mujer, por el contrario, detallada, llena de delicadeza, y la del niño, hecha de un modo ligero y suave, prestan al conjunto extraordinario efecto y dan buena muestra del talento del autor.

Tiene en esta sala D. Ignacio Pinazo dos retratos y un cuadro de original composición. Este representa á *Cupido* tomando lumbre para su cigarrillo de una graciosa muchacha, idilio picaresco que se desarrolla en un jardín á la puesta del sol, pintado con gran firmeza y sobriedad. Pero donde el autor se muestra todo un maestro es en los dos retratos de medio cuerpo, que por ignorancia de los nombres de los retratados diremos que uno es de militar y otro de paisano. Este es un caballero rubio, sentado, con abrigo de color café con leche; aquél un coronel con guerrera azul y el pecho lleno de placas. Lo justo del dibujo, lo vigoroso de la factura, la brillantez admirable del toque, dan á estos retratos, en que palpita la vida y triunfa el arte, importancia excepcional y lugar preeminente.

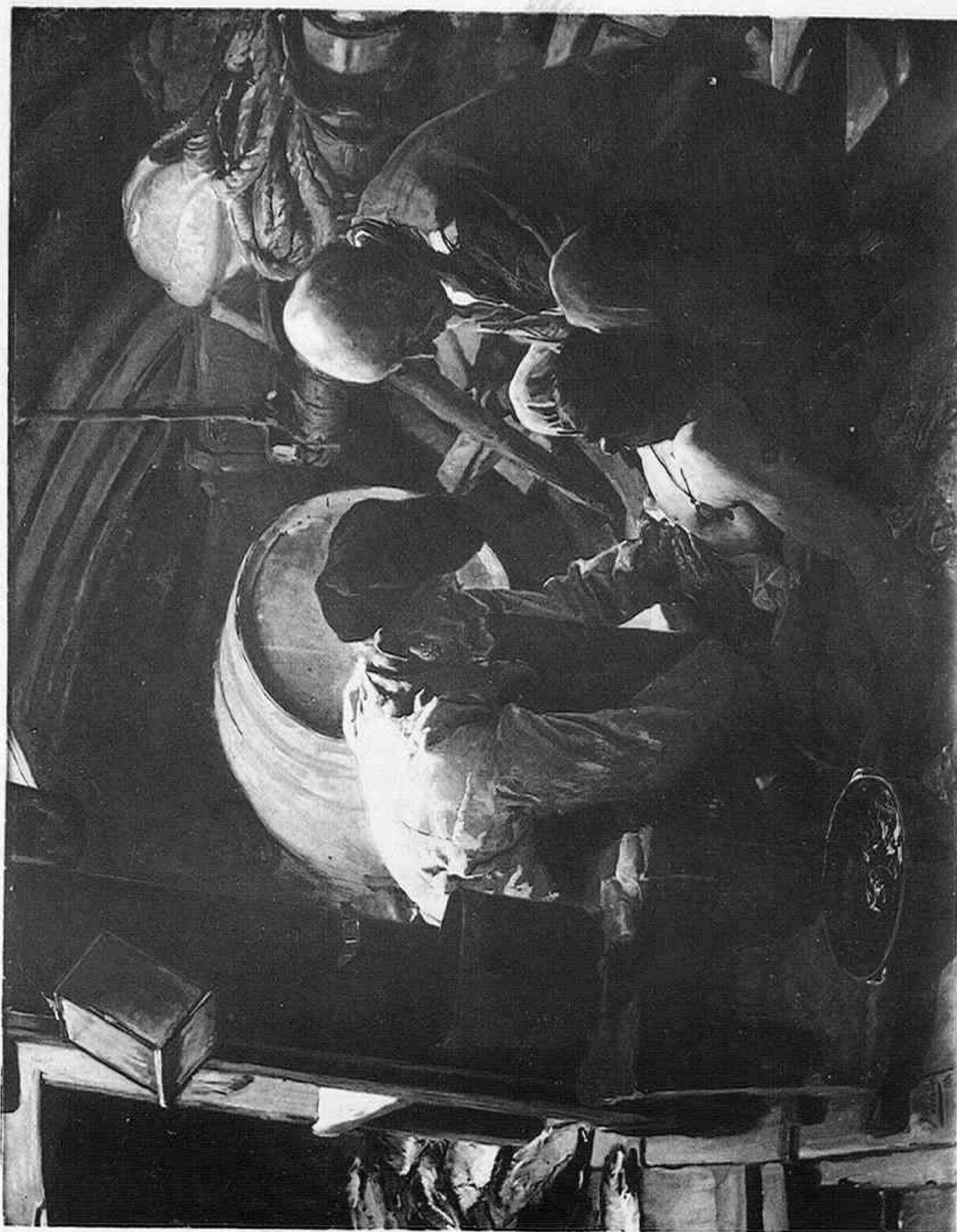
García Ramos, el pintor sevillano, expone allí dos cuadros encantadores: *En mi estudio*, descanso de una graciosa modelo, y *¡Hasta verte, Cristo miol!*, botillería del siglo XVIII, donde un santero con un niño Dios bajo el brazo se dispone para sonsacar el dinero de las beatas, bebiendo del contenido de un cacharro que piensa apurar hasta descubrir el Cristo pintado en el fondo, como era usual en los jarros de Triana y de Talavera que han dado origen á la donosa frase española que sirve de título á este cuadro. Este, lleno de intención y de carácter, y el primero por su artístico conjunto, ambos dibujados y pintados en estilo fácil y simpático, honran á su celebrado autor.

D. Ricardo de Madrazo se manifiesta fiel heredero de la corrección y la delicadeza pictóricas de una gran gloria de arte patrio, en dos retratos, uno de una señorita que toca la guitarra y otro, lleno de vida, del Sr. Conde de A.

D. Federico Jiménez nos da una nueva muestra de su talento en el cuadro *¡Aún se defiende!*, combate de un águila con dos perros.

Después hallamos varios cuadros estimables: un paisaje del Sr. Martínez Checa; dos retratos de señoras, del Sr. Díaz de Carreño; otro de un caballero, pintado con bastante brío por el señor Longoria y Leal; *Un voto á la Madona*, de Cabrera; cuatro preciosos lienzos representando mujeres japonesas, con la firma de Pedro Sáenz; un paisaje de Suay; un paisaje, una marina y un retrato

HISTORIA Y ARTE



Fotografía de Hauser y Menet. Madrid.

JOAQUIN SOROLLA

¡AÚN DICEN QUE EL PESCADO ES CARO!





HISTORIA Y ARTE

de D. F. Maura; otro retrato de Balaca; un paisaje lleno de relieve y de luz, pintado por el Sr. Gutiérrez Rivera, y una cabeza de payés, hecha con carácter por D. Luis Pench.

En el fondo de la sala figura un cuadro grande de gran composición, que representa el *Tránsito de la Virgen*, representado de una manera grandiosa; es un lienzo bien pintado, lleno de efecto y rico de color. Es obra del Sr. A. Palomo, que demuestra en él muchas cualidades.

También son de citar una huertana con un cesto de flores pintadas con singular acierto, del Sr. Pinazo Martínez; *Tocador de una pompeyana*, cuadro de varias figuras, y *En el jardín*, ambos de factura delicada, del Sr. Giménez Martínez; unos monaguillos fumando, del Sr. Jaraba Jiménez; un sentido efecto de luz del anochecer, por Modesto Urgell, pintado en tintas muy finas; un lienzo del Sr. Rusiñol que representa el interior de una iglesia donde rezan varias mujeres, y *Los cantores*, de D. J. Carrero.

De D. Plácido Francés hay dos cuadros: uno es el conocido estudio de cinco cabezas de *cantaoras* llenas de sal y gracia, ya conocido del público, y otro es el retrato de la Sra. Marquesa de Santa Marina, hermoso de color, de factura fácil y simpática.

Por último, el Sr. Hernández Nájera presenta un lienzo que es un verdadero derroche de luz y de carácter. Lleva el ingenioso título de *Levantar el gallo* y nos muestra, en efecto, una pollera, hembra bravía, que saca de un jaulón que tiene delante, lleno de pollos y gallinas, un hermoso gallo; á la izquierda una muchacha examina un pavo que tiene en las manos. La valentía, el atrevimiento con que está pintado este hermoso lienzo, uno de los buenos de la Exposición, es imponderable. Viéndolo, penetrando todo lo que hay en aquellas masas de color llenas de fuego, es como puede apreciarse. El blanco de la pared, los tonos vivos del pañolón de la pollera, los bichos: forma todo una armonía brillante que encanta y que es el mérito principal de este cuadro.

Tales son los cuadros que al discurrir por las cinco salas del ala derecha del palacio de Bellas Artes impresionaron al autor de estas líneas. ¡Cuántos, excelentes, escaparían á su observación, acaso por involuntario descuido, y sin acaso por el perjuicio que se causan unos á otros esos cuadros al ofrecerse en tan apelmazado conjunto! ¡De cuántos otros apartaría los ojos con disgusto! A los firmantes de los primeros pide perdones; á los de los segundos desea provechosos adelantos.

Juzgar del certamen por el número de pinturas (la mitad de ellas) expuestas en cinco salas, le parece temerario; mas no puede callar que, á diferencia de los que la encuentran floja, y aun á riesgo de provocar las iras de quienes la proclaman pésima, entiende que esta Exposición, apreciada en conjunto, señala un adelanto, no técnico, no del modo de pintar, pues perdida ha tiempo la purista corrección del dibujo, todavía seduce más á la generalidad de nuestros pintores la magia del color que el sentimiento de la línea, sino un adelanto en la elección de asuntos. Esta novedad, cuya tendencia comenzó á señalarse en los últimos años y sobre todo en la última Exposición, es hoy un hecho, es un triunfo. Ya no encontráis á cada paso en las salas del presente certamen una de aquellas páginas de la historia patria, más ó menos sentidas, más ó menos exactas, más ó menos bien interpretadas, que á manera de cantos épicos ensalzaban nuestras glorias pasadas para ganar las presentes, representadas por el premio y la protección oficial.

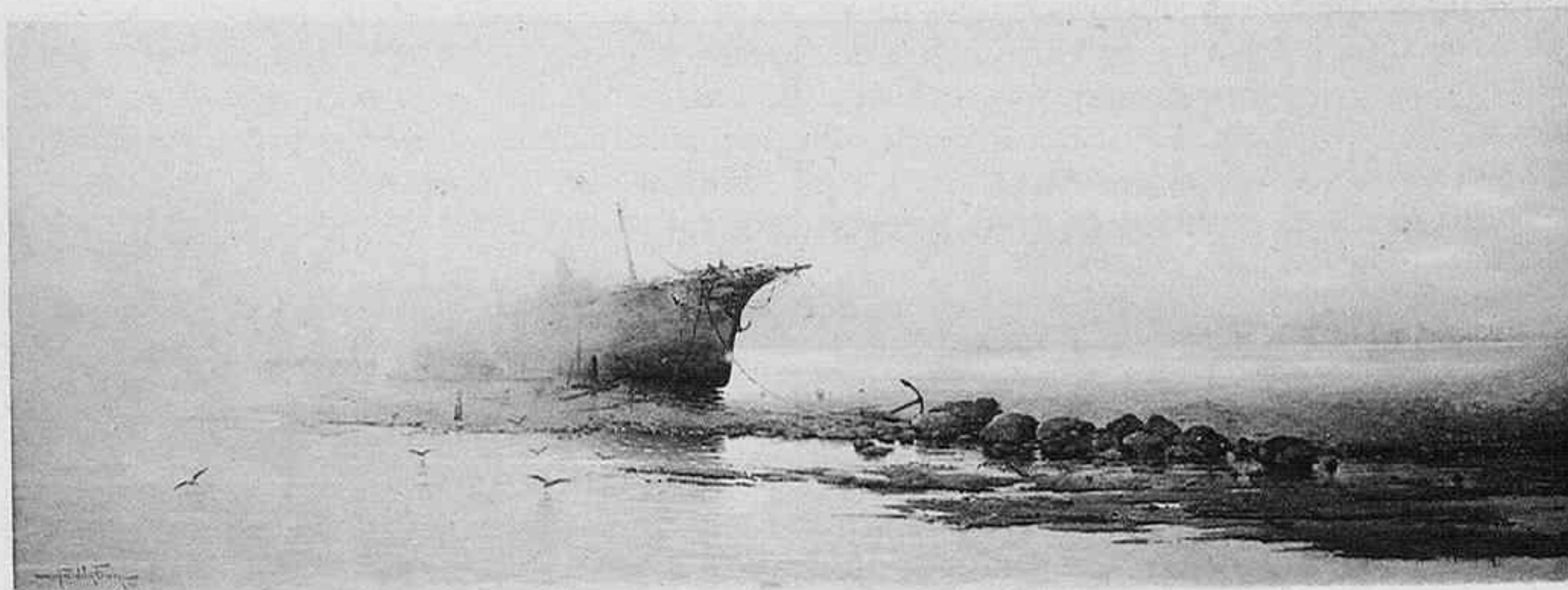
Estas obras solían tener algo de adulación al Estado, entidad que parecía no sentir debilidades de corazón, mejor dicho, de bolsillo, con los artistas, si éstos no le representaban las patrias grandezas de otros días. Páginas del arte oficial, y á veces no otra cosa, eran por lo común aquellos lienzos de gran tamaño.

Hoy el género histórico, que es el que ofrece más dificultades, porque exige un estudio previo de investigación y pide verdad, carácter, expresión, resurrección, en fin, de una realidad muerta, se cultiva en una proporción y en unas condiciones más razonables. Por el contrario, nuestros pintores, cansados de falsas reconstrucciones, han vuelto los ojos á lo que les rodea, á la vida, á la Naturaleza. Buscan la nota patética en los grandes conflictos de nuestros días, en las agitaciones del socialismo, en el vigoroso palpitar del trabajo mecánico, en los conflictos del hogar y, en fin, en los múltiples azares de la existencia. Buscan lo pintoresco en las costumbres locales, y lo risueño, lo alegre, la nota sentida, la nota delicada... donde quiera que la risa se lo ofrece en cualquiera de sus múltiples aspectos. Felicitémonos por tamaño adelanto, nuncio seguro de mejores triunfos. Puestos nuestros artistas en comunicación inmediata con la Naturaleza, día llegará en que se exijan más, en que deseen más, y entonces cultivarán el arte por el arte.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA.



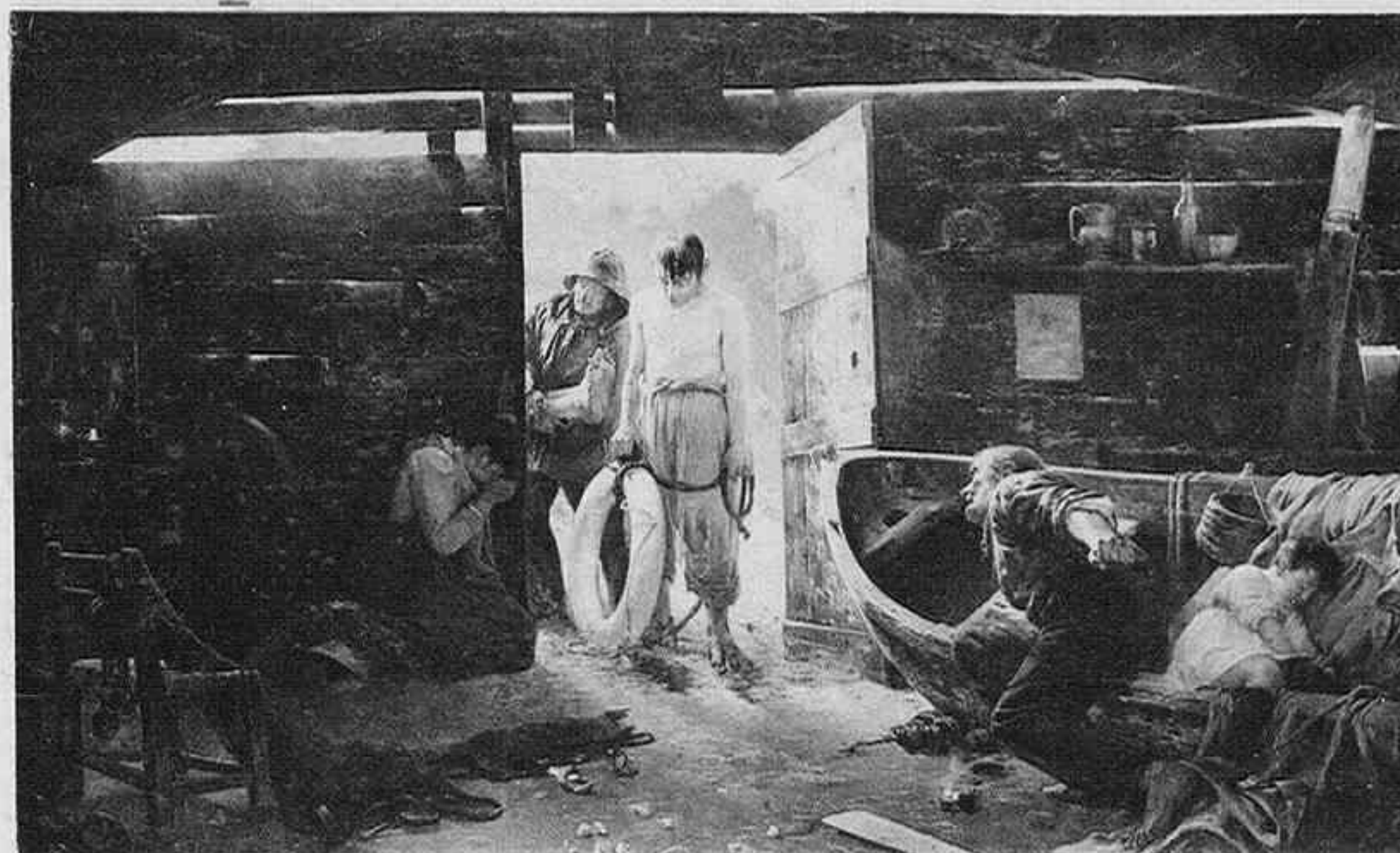
LAS SALAS DE LA IZQUIERDA Y LA ESCULTURA



ANTONIO DE LA TORRE Y LÓPEZ.—NIEBLA.

Al penetrar en el primer salón del ala izquierda del palacio de Bellas Artes, y antes de dar comienzo á la espinosa tarea que me ha designado el ilustrado Director de esta publicación, he de descargar mi conciencia de posibles repro-

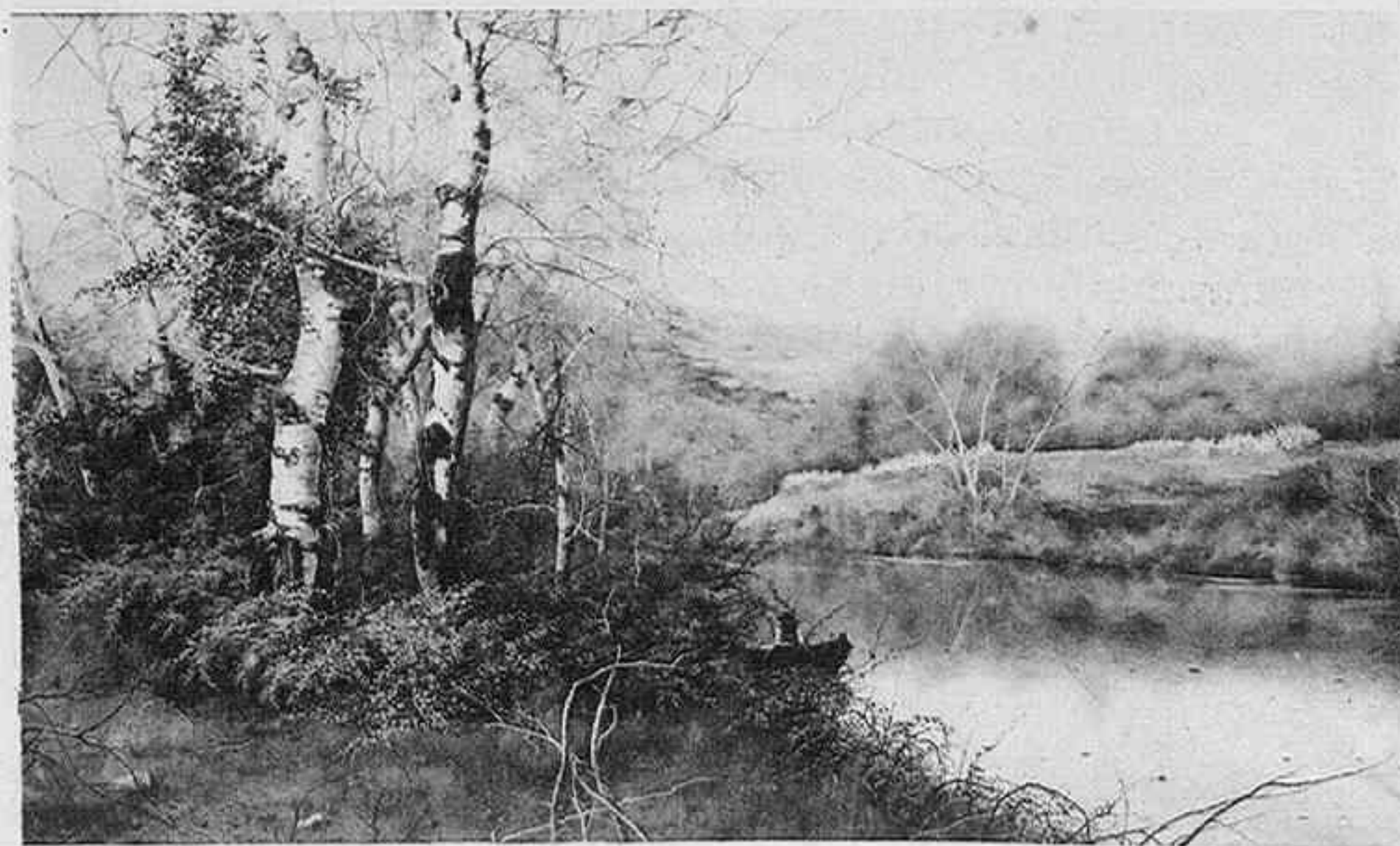
ches, haciendo una advertencia que me sugiere la consideración de que he de pasar revista á más



FERNANDO CABRERA CANTO.—¡NAUFRAGO!

de quinientos cuadros, sin contar la escultura, de que luego habré de ocuparme, y de que para dar cuenta de mis impresiones dispongo tan sólo de un número limitadísimo de cuartillas. Ello, sin embargo, ha de ser así, y la simple enunciación de tal dificultad entiendo que sobra y basta no sólo para justificarme ante aquellos artistas que, habiendo presentado obras de valía, no encuentren en este trabajo más que algún ligerísimo y somero juicio sobre sus producciones ó una simple nota de las mismas, sino para disculparme ante la infinidad de autores de los cuales me será imposible ni aun enumerar sus obras, no por falta de mérito en algunas de

ellas ni de voluntad en mí, sino por carencia material de espacio, que, á dilatarse según mi deseo, no hubiera tenido término hasta haber juzgado detenidamente á todos y cada uno de los expositores.



PEDRO VIVES FERRER.—LOS ÁLAMOS.

Hecha esta salvedad, comenzaré mi estudio por el lienzo de mayores dimensiones que encierra el primer salón de la izquierda, debido á los grandes alientos de Domingo Muñoz y Cuesta. Titúlase *Las últimas reservas de Zaragoza* y acredita las brillantes facultades artísticas del autor. Lástima grande que haya dado á las figuras de los defensores de la heroica ciudad proporciones tan colosales, que el pie de uno de ellos colocado en primer término llega á medir cuarenta centímetros. Este cuadro, ejecutado en un tamaño razonable y con una luz menos blanca, y

HISTORIA Y ARTE

verdaderamente solar, habría sido uno de los que más impresionasen al público por la actitud dramática de los personajes y lo patriótico del asunto.

Vidal G. Arenal ha presentado el *Entierro de Cristo*, motivo muy explotado y en el que forzosamente han de hallarse reminiscencias de otras obras famosas. A pesar de ello, el cuadro se repintor ha sabido dar á los personajes y lo sentido de la composición. Algo artificioso resulta el contraste entre la luz natural que entra por la boca de la caverna y la de la lámpara que alumbraba la escena que tiene lugar en el interior, cuyos destellos perjudican al efecto total del conjunto.

El Naufrago que Fernando Cabrera aporta á la Exposición es un lienzo notable que permite esperar mucho de su autor. El terrible momento de entregar el cadáver del infortunado marinero á su desolada familia está expresado con mucha sinceridad, y la luz fría y siniestra de la tormenta perfectamente estudiada.

Otro de los cuadros de gran tamaño es el titulado *Un desahucio*. Paréceme que el asunto no es de los que requieren tantas varas de lienzo y que, dada la inteligencia que demuestra José Mendiguchía, no hubiera perdido nada la composición del interés que realmente inspira reduciéndola algún tanto y dando más finura al toque.

Hanse reunido en este salón varias *Marinas* dignas de aprecio. En primer lugar, la firmada por Antonio de la Torre, denominada *Niebla*, pintada con una finura de color que recuerda á los más excelentes artistas noruegos. Luego la del Sr. Martínez Abades, que representa un trozo de la *Costa cantábrica*, en la que el reputado artista ha expresado perfectamente los sombríos tonos propios de los mares del Norte, y, por último, otra de J. Solís, que reproduce sencillamente una vasta extensión de mar, y que á pesar de carecer de los recursos de buques en peligro, naufragios y demás accidentes propios de la mayoría de las marinas, resulta atractiva por lo bien que expresa el movimiento y la majestuosidad de las grandes masas de agua. También el Sr. Hidalgo ha presentado un *Estudio de oleaje* rompiendo sobre una playa, pintado en estilo impresionista digno de la atención de los inteligentes.

J. Vancell, autor del *Paisaje de Tarrasa*, puede estar satisfecho de su obra. El efecto del amanecer de un día frío y de nieblas en una región montuosa está expresado á conciencia, y en la planicie árida y llena de matorrales que ocupa los primeros términos del cuadro ha demostrado el artista catalán que no hay paisajes de *poco partido* cuando se sabe interpretar la naturaleza con sentimiento y maestría. Sólo los montes del fondo envueltos en la bruma resultan un poco pesados.

Otras muchas obras de buen tamaño encierra este salón, entre las cuales merecen citarse: *La mejor súplica*, del Sr. Abarzuza, escena de familia bien sentida y ejecutada, á la que perjudica algo la demasiada elevación del punto de vista; *La Vendimia*, original de Juan Vila, brillante estudio de los efectos del sol al aire libre; *La bendición pascual en Roma*, de J. Rico y Cejudo, que revela á un colorista de bríos; *Contraste*, cuadro ejecutado con una riqueza de detalle que decae en niñería, pero que da á conocer en el joven artista valenciano E. Vivó gran facultad de observación. La figura de la madre con el niño muerto en el regazo indica además no escasas dotes artísticas, de las que se puede esperar mucho para lo futuro. La misma esperanza abrigo respecto á J. Belda, autor del lienzo *La última corona*, apreciable por la excelencia de los detalles y lo bien estudiado de la luz y de las figuras, que no causan todo el efecto que debieran por ser de un tamaño que se aproxima al natural y no llega á él.

No debo pasar en silencio la composición titulada *Después del entierro*, de Faura, que ofrece buena impresión en conjunto; el *Fuego á bordo*, de J. Bermudo, y una *Adoración de los Reyes*, tabla primorosamente ejecutada por F. Morell en el estilo característico del siglo XV, y que sin duda alguna ha de merecer el agrado de los amantes de la pintura arqueológica.

La Perla del Albaicín es el cuadro que más ha de llamar la atención entre los comprendidos en el segundo salón. Cecilio Pla ha sabido dar á aquella graciosísima gitana granadina una luz tan verdadera, tan vigorosa, tan andaluza en una palabra, que la vista se fija sorprendida en el lienzo, impresionada por la nota brillante que se destaca entre los cuadros que la rodean. Añádase á esto un toque franco, amplio y simpático, y se tendrá idea de los méritos que avaloran una obra que verdaderamente tiene el sol y el ambiente de la ciudad de la Alhambra.

Inmediato al cuadro de Pla y contrastando con él por sus tonos sombríos y melancólicos, el distinguido pintor Modesto Urgell presenta la vista de un *Cementerio* arruinado por la clausura impuesta por la terrible pena del *Entredicho*, tan usada por la Iglesia en los pasados tiempos. El asunto recuerda otro cuadro análogo del mismo artista existente en el Museo del Prado y como aquél impresiona profundamente, tal es la realidad que encierra. Nada diré de las condiciones téc-



HISTORIA Y ARTE

nicas, pues el celebrado maestro ha tiempo que ha sido juzgado por la crítica, y por ello basta con hacer notar que esta producción en nada desmerece de las que tan justo renombre le han proporcionado.

Como modelo de cuadro gracioso, elegante, fino, correctamente dibujado, pintado sin cortedades ni arrebatos exagerados de tono, debo citar el de Borrell, titulado *Un ju*. No es otra cosa que el de una jovencita y un cerrados en un círculo; tan simpática su expresión está ejecutado con tal que los espectadores se ante él sonriendo cariamente como si contesta gesto encantador del niño.

También M. Teixi pone dos *Retratos* de damas, una de ellas de blanco y la otra con color de rosa. En la primera, el artista ha buscado las dificultades,

poniendo tonos claros; pero ha vencido, y la figura resulta fina y ajustada de color. En la segunda, la delicadeza y la blandura del toque vistas á través del cristal que la resguarda, llegan hasta hacer creer que está pintada al pastel por un artista muy práctico en este género de pintura.

No desmiente el joven Borrás Abella que procede de raza de buenos pintores. Su cuadro *La familia del loco* tiene trozos de primer orden. Las figuras están bien pintadas, la expresión sentida, y en mi opinión sólo huelgan en la composición los azulejos de la ventana, que por estar detallados en demasía, distraen la atención, anulando algo el efecto que debiera causar el grupo de la mujer y los pequeños que se aproximan á contemplar al infeliz demente.

El Flautista mágico titula el Sr. Alcázar á una escena de costumbres asturianas, rica de color y de luz. La campesina echada sobre la hierba y el pastorcillo que toca la flauta cabe la cristalina fuente son buena muestra de lo mucho que puede hacer el autor.

Las *Marinas* y el *Paisaje* están bien representados en este salón. Entre las primeras se distinguen la de Romero Jiménez, *Entre dos aguas*, á la que dan cierta grandiosidad las enormes rocas del fondo. Es por efecto de luz reflejan las ondas, y á ser éstas menos pesadas, el no tendría pero. También el mismo artista marina, *Horas de la gran efecto dramático*. Abril ha acudido al mar con un *Naufra* acredita una vez más en la pintura de marítimas, y E. Ge impresionado aún á del tiempo transcurre desde la celebración tenario del descubrimiento de América, por el do de las famosas ca las representa en su *Cambio de rumbo*, nacido en un mar placido de buen efecto.



IGNACIO DÍAZ Y OLANO.—LAS PLANCHADORAS.



MARCELIANO SANTA MARÍA.—Á LA EPÍSTOLA.

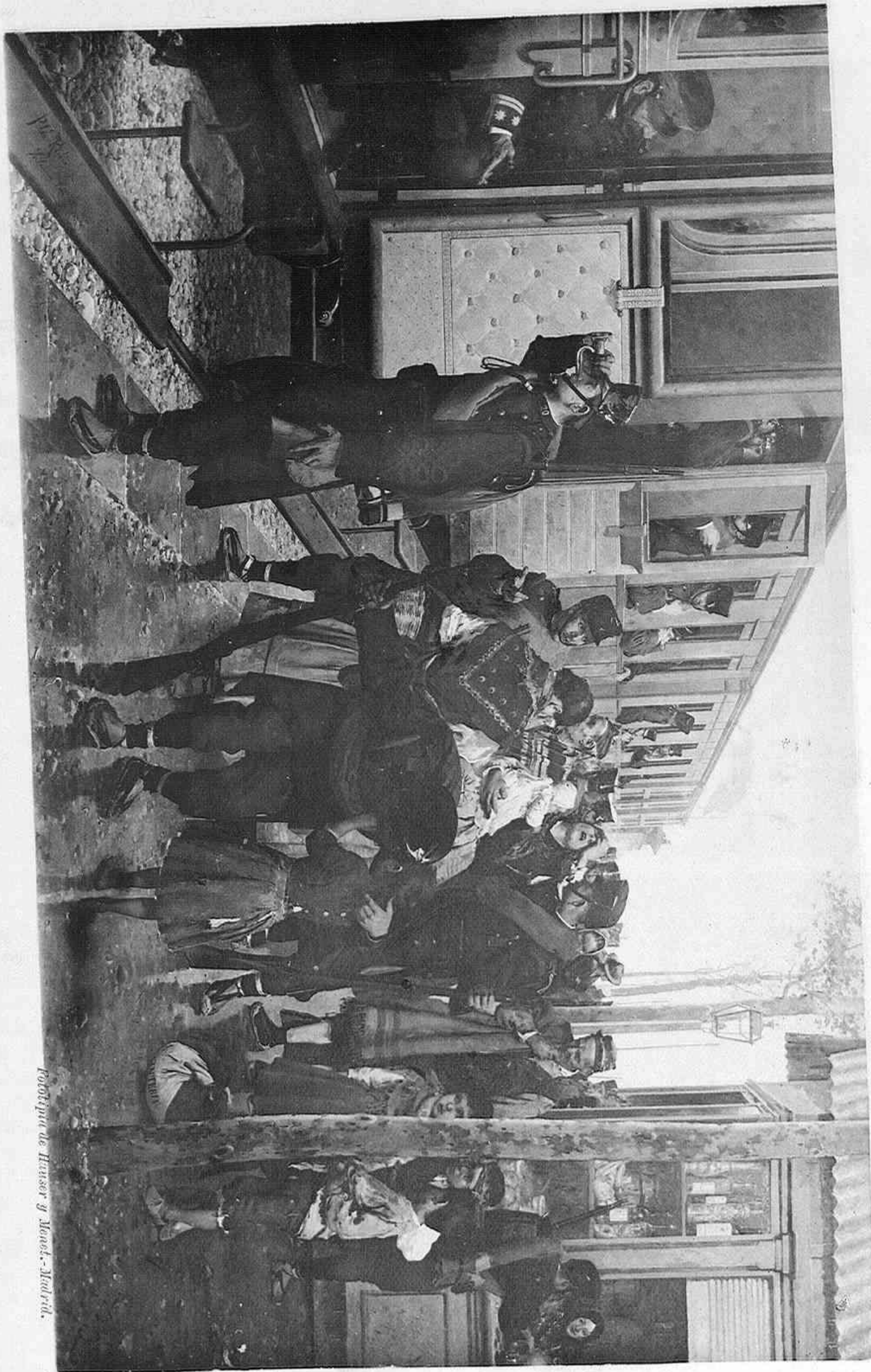
y justo Pedro guete. retrato niño enpero es sión y arte, detienen ñosa ranal pe que

dor ex-elegan-vestida traje de mera, de ha bus-sobre-

cioso el dose en tasalgo cuadro bién ex-otra cha, de co. S. concur-gio, que su peri-escenas novés, pesarrido del cen-miento recuer-rabelas, cuadro vegando y seto.



HISTORIA Y ARTE



Fotografía de Hauser y Wosté - Madrid.

ALBERTO PLA Y RUBIO
¡A LA GUERRA!



HISTORIA Y ARTE

Respecto á los paisajes sólo me es dado mencionar sin detenerme un *Crepúsculo de otoño*, de J. Vilar, en el que se notan las tradiciones de la buena escuela creada por el infortunado Juste; otro de análogo título, de Ramos Artal, pintado con sincera delicadeza y muy bien estudiado; otro de García Malo, y dos vistas panorámicas discretamente ejecutadas por el concienzudo artista mallorquín Juan O. Neill.



GONZALO BILBAO.—LA SIEGA EN ANDALUCÍA.

nominado *Miseria y caridad*, de Tomás Moragas, en el que es de apreciar sobre todo la ventana del fondo y la luz que por ella penetra, que son verdaderamente admirables.

Seis lienzos hay en la tercera sala debidos al conocido artista Tomás Muñoz Lucena, el *Retrato de un niño*, *Maruja*, *Están verdes*, *Castigada*, *Falda de Sierra Morena* y *Canto religioso*. Todos ellos corresponden á la reputación del autor, que es un colorista de buena raza; pero sobre todo el último bastaría para crearle un nombre, si no le tuviera ya justamente adquirido. Con la sola figura de un viejo sochantre envuelto pluvial salmodiando ante artístico facistol Muñoz Lucena ha demostrado una vez que pinta mucho y bien, sino su buen gusto de los accesorios, en la distribución dominio de los medios de expresión pictó

Las planchadoras, de Ignacio Díaz y can un artista que seguramente ha de ser gan á la meta. Su cuadro es un lienzo en propuesto vencer los obstáculos que ofrece figuras blancas sobre fondo blanco, iluminada tamizada á través de una cortina de Por esta causa adolece de algo de monotonía tal vez podido evitarse variando más de las ropas; pero, de toda suerte, *Las planchadoras* es una de las buenas obras de arte de esta seductora en el conjunto, agradable en los detalles y un realismo gracioso y simpático.

Marceliano Santamaría, abandonando el grande arte de que dió gallarda muestra en el concurso, conserva, sin embargo, el gusto de gran tamaño, como puede verse en *la Epístola*, cuyo asunto, que podrán apreciar en la adjunta fototipia, peca de trivial. bueno; el color, agradable; las figuras es tadas, y, sobre todo, la vieja Celestina res putación del artista, á quien deseamos



SALVADOR MARTÍNEZ CUBELLS

RETRATO DE LA E. S. CONDESA DE G.

De otras obras hubiera querido decir algunas palabras, mas por las razones que expuestas quedan, he de limitarme á llamar la atención del lector acerca de la notable *Carga de lanceros en Treviño*, de Eduardo Banda, y del cuadro de

en rica capa de bronce, más no sólo en la elección de la luz y su riqueza. Olano, indelible el que se ha el destacar nada por una igual color. nía, que hula tonalidad *chadoras* es Exposición, detalles y de

por el género en el anterior por los lienzos titulados *A* ciar los lectores. El fondo es tan bien pintado á la reaplaudir en



HISTORIA Y ARTE

obras de mayor trascendencia, para las que le sobran condiciones de todos reconocidas. De León y Escosura son notables cuatro cuadros de pequeñas dimensiones, *El té*, *Pasada la luna de miel*, *Un acompañamiento difícil* y *La Terraza de Haddon Hall*, ejecutados en un estilo minucioso y delicado que recuerda las obras de Palamedes, Gerardo Dow y algunos otros maestros holandeses. Los asuntos son ligeros, espirituales; los personajes de los siglos XVII y XVIII aparecen agrupados con habilidad, y tanto en los muebles como en la indumentaria y en los fondos hay verdaderos primores de ejecución.

La Cerca, de Manuel Ramírez, es un grupo delicioso de rosales estudiado á conciencia y reproducido con tal verdad que se sienten tentaciones de alargar la mano para coger alguna de aquellas flores. Del mismo autor son un *Paisaje de la Montaña de Santander*, una *Vista de la calle de la Puella*, manchita sumamente luminosa; *El Agosto* y *Vendimiando*, composiciones bonitas y agradables que demuestran la laboriosidad del artista.

Otro pintor que presenta también varias muestras de su ingenio y constancia es M. Peña. Nada diré de *Los Reclutas disponibles*, conocidos ya del público, pero he de llamar la atención acerca de *Un descanso en el estudio* y el *Bocadillo*, por ser dos obras, en especial la primera, que confirman la reputación de artista serio é inteligente que con justicia ha conquistado su autor, del que he de volver á ocuparme más adelante.

Pasatiempo de los antiguos romanos titula J. Gárate á un cuadro idílico, fino, delicado, al que tal vez hubiera convenido algo más de brillantez en la luz. Germán G. Niederleytner expone varios lienzos, entre ellos una *Magdalena* de actitud dramática, á la que perjudica un fondo tan convencional que cuesta trabajo adivinar qué es lo que ha querido hacer el distinguido maestro.

Entre las demás obras expuestas en esta sala, no debe el visitante olvidar *El Mártir*, de J. Belda, figura sentida y muy bien escorzada. *El último sueño de una virgen*, de Villegas Brieba, cuadro de gran sentimiento cristiano, dulce y apacible. *La boda interrumpida*, de C. Oliva, escena popular llena de vida y movimiento, *Pobre padre mío*, escena sentimental de R. Pulido, en la que hay que admirar sobre todo la cabeza de la protagonista; *¡Hija mía!*, original de Casimiro Iborra; una impresión muy justa de una *Calle de Granada*, por C. Pla que exhibe también la elegante composición titulada *El Bezigue*, conocida ya por haber figurado en la Exposición de Bilbao.

En materia de paisajes hay uno preciosísimo de Sánchez Perier, otro no menos notable de Vives Ferrer titulado los *Alamos*, y varios de Cordero pintados en el estilo serio y algo sombrío que le caracteriza.

En cuanto á *Marinas*, P. Ferrer Calatayud ha presentado *Una playa del Cabañal*, que á pesar de su poca importancia confirma el renombre que ha logrado en esta especialidad. De A. de Siles es una *Vista del Puerto de Cartagena*, que permite abrigar lisonjeras esperanzas para el porvenir.

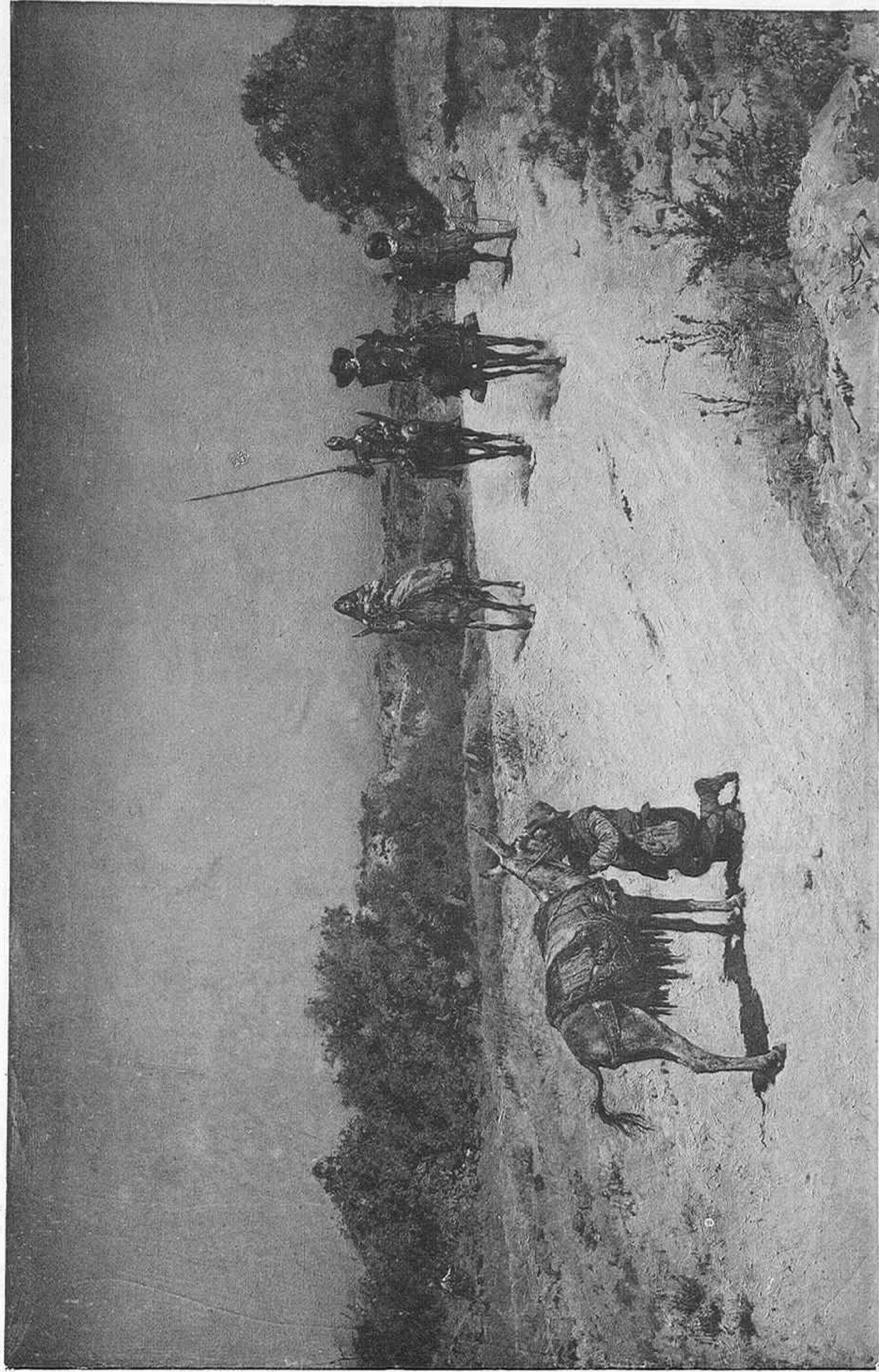
La sala cuarta exigiría por sí sola todo el espacio disponible para el texto de un número de HISTORIA Y ARTE, pues en ella se encuentran reunidos un buen golpe de cuadros notables y dignos de especial estudio; mas como esto no puede ser, allá va un índice con algún comentario.

Nada menos que ocho retratos expone Salvador Martínez Cubells en esta sala. Generales, ministros, títulos, aristocráticas damas, etc., constituyen la clientela del simpático artista, y en verdad que á tan escogidos modelos corresponde la singular maestría del pintor, habilísimo en variar las actitudes, en dar á cada personaje su expresión típica, y sin rival en la factura, lo mismo al tratar las delicadas carnaciones de una belleza de la *high life*, que los uniformes militares ó las más variadas prendas de la indumentaria contemporánea. Todo esto lo sabe de sobra el público, así que no he de insistir en mis alabanzas.

Alberto Pla y Rubio y Antonio Fillol Granell son dos pintores nuevos que Valencia nos envía y de los que, usando de una frase de *atelier*, diré que son de los que «vienen empujando». *Á la guerra* se titula el cuadro del primero, que puede el lector contemplar en la fototipia. Luz, movimiento, actitudes propias y bien sentidas, expresión adecuada, todo ello se encuentra en la obra de Pla y Rubio, y aunque hay algunos defectos, entre otros la dureza que se nota en varios puntos, esto mismo es indicio cierto de grandes facultades artísticas que seguramente han de confirmarse en el porvenir. Análogas observaciones sugiere la contemplación de la *Gloria del pueblo*, de Fillol (véase la fototipia), notable no sólo por la exactitud y verdad con que reproduce tipos genuinamente valencianos, sino por la finura del color, lo armonioso del conjunto y lo bien entendido de la composición, que demuestra gran talento y no escasa habilidad técnica. No quiero rebuscar faltas en ambos lienzos; las buenas cualidades dominan, y esto es lo esencial en toda obra de arte.

Gonzalo Bilbao es un artista ya juzgado y aplaudido; sus *Segadores andaluces*, á pesar de la excelencia de sus condiciones, no hacen más que confirmar los triunfos adquiridos en anteriores

HISTORIA Y ARTE



Fototipia de Hauser y Menet.-Madrid.

JOSÉ MORENO CARBONERO

EL ENCUENTRO DEL RUCIO





HISTORIA Y ARTE

certámenes. Es éste un cuadro del que no puede dar idea ni la mejor fototipia: hay que verlo para apreciar la magistral ejecución de aquellas figuras de rudos campesinos rodeados de un mar de espigas, bajo el ardiente sol de Andalucía que los envuelve en una atmósfera cálida y



VICENTE CUTANDA Y TORRAYA.—EPÍLOGO.

luminosa. En síntesis, una obra de primera fuerza. El otro lienzo de Bilbao, *La carta del pretendiente*, es un estudio atrevidísimo de los efectos de la luz solar en un espacio cerrado. Parece poco hecho, sin duda á causa de los reflejos que no puede apreciar el espectador. De toda suerte, no desmerece al lado del anterior.

En cuanto á Moreno Carbonero, la simple enunciación de su nombre me dispensa de todo género de comentarios y de elogios. Si bellísimo por todos estilos y conceptos es su *Encuentro del Rucio*, la *Fuente de Málaga* no le va en zaga. ¡Qué sol, qué ambiente, qué paisaje y qué caballos!... El *Retrato de D.^a R. C. de M. C.* es un buen estudio de elegante dama y está tocado con soltura y maestría.

En la misma sala figuran dos cuadros de otro artista no menos ilustre, José Jiménez Aranda; uno de ellos, *La loca*, impresiona profundamente. La figura de la desdichada estrechando contra su seno un simulacro de muñeca es una obra notable, en la que no se sabe qué admirar más, si lo ajustado del dibujo, lo fino del color ó lo minucioso y delicado de la ejecución. Análogas condiciones son de apreciar en la escena titulada *El tresillo*.



ANTONIO FILLOL GRANELL.—LA GLORIA DEL PUEBLO.



HISTORIA Y ARTE

Alejandro Ferrant sólo ha aportado al concurso cuatro estudios: *La recepción en Palacio*, *La Betanzosa*, *La gaitera* y el *Reina Regente*, que, á pesar de su escasa importancia, son, como todo lo que sale de las manos del cariñoso y reputado maestro, una demostración de lo mucho que vale. Tampoco Menéndez Pidal exhibe obras de gran empeño, pero el *Retrato*, los estudios de paisaje y la escenita titulada *Haciendo un juguete* confirman la fama ya adquirida por este artista, uno de los pocos que no abandonan las tradiciones de la escuela española más pura y genuina.

El *Epílogo*, de Cutanda, reproduce un aspecto de la vida de los obreros de los grandes centros industriales, que aun cuando no impresiona tanto como la *Huelga* de la Exposición anterior, ofrece análogas condiciones de bondad; doña Elena Brockman, que tan justos aplausos obtuvo en otras



JOSÉ VICIANO MARTÍ.—EL AFILADOR.

aguas admirablemente expresado. En la raya, como siempre, á gran altura, y J. Nogales exhibe unas *Rosas* á las que no se puede pedir más.

Apenas se entra en la sala quinta, fíjase la atención en un cuadro titulado *Alegría* por su autor, R. Arroyo Fernández, y que con efecto es una verdadera satisfacción para la vista. Al pintar aquella andaluza tan graciosa y provocativa, Arroyo ha querido ante todo hacer una cosa bonita y que agradase á todo el mundo, y es necesario confesar que ha logrado su objeto.

ocasiones, exhibe ahora un gran lienzo que representa á *Felipe II en el coro del Escorial*, que hace patente su incansable laboriosidad.

Para concluir de mencionar lo mucho y bueno que en esta sala se encierra, citaré *La Primavera*, figura de expresión deliciosa y de color muy fresco, original de Daniel Hernández; *Al borde del abismo*, admirable cesta repleta de gatos, de Alejandro Seiquer, que es un primor de gracia y de factura. Dos *Marinas*, de Meifren, sumamente luminosas. Tres estudios también de asuntos marítimos, de Ruiz Luna, que son de lo bueno que se ha expuesto en este género; y dos paisajes de García Rodríguez, *Tarde de otoño* y el *Molino del Obispo en Sevilla*, notables por lo bien estudiado del conjunto y de los detalles, y sobre todo por el ambiente y la frescura de las especialidad de frutas y caza muerta, D.^a Julia Alcayde



MARIANO BENLLIURE
RETRATO DE LA SEÑORA DE IBÁÑEZ



AGUSTÍN QUEROL
SAN FRANCISCO CURANDO Á LOS LEPROSOS.

HISTORIA Y ARTE

También son andaluzas, sevillanas y de lo más popular *Las cigarreras*, de Paternina, conjunto abigarrado de colores fuertes iluminados por una luz especial, que debe ser la propia de los ranchos de la Fábrica, que si están poblados por los tipos que reproduce el diestro pincel del artista, no es extraño que gocen entre la gente flamenca de la fama que se les atribuye.

La siega, de Angel Andrade, es un bellissimo cuadro, á pesar de sus pequeñas dimensiones. Tiene sol y aire libre de verdad. Las figuras están tocadas con gracia, y el paisaje es de primera. No tiene este lienzo más óbice que el de figurar en la misma Exposición donde hay otra *Siega sensacional*, como ahora se dice.

Algo de esto le acontece también al retrato de *La huerfanita*, de M. Peña, que es, á mi juicio, uno de los mejores expuestos. Sencillo y sin alardes de factura, está hecho con desembarazo y dominio de la paleta. Aquel rostro púdico y virginal atrae más cuanto más se le contempla.

Muy bueno es también el *Jardín toledano*, de Ricardo Arredondo, á pesar de que adolece de cierta inclinación á los tonos sombríos, que se hace más patente en otras dos composiciones del mismo autor, *Las viciosas* y *La herrería*.

Juan Antonio Benlliure concurre con un cuadro elegante y distinguido. Titúlase *Después del baile*, y representa á una hermosa dama en actitud pensativa y apoyada en un lujoso mueble. Bien de luz y de detalles, es digno de su autor.

El trágico fin del *Capitán Temprado en Castellfullit* ha dado motivo á Víctor Morelli para ejecutar una obra movida, llena de vida y que interesa no sólo por lo trágico de la situación, sino por lo bien estudiado de la composición y lo característico de los tipos de soldados carlistas y liberales que se baten desesperadamente en torno del heroico artillero.

Al trabajo es un lienzo de tamaño reducido que no contiene más que una sencilla figura de aldeana, y á pesar de ello estoy seguro de que llamará la atención de los inteligentes. Su autor, José Pando y Fernández, parece seguir las huellas de Luis Jiménez, y á continuar por este camino, creo que no ha de tardar en conseguir un buen nombre en el mundo artístico.

El espacio de que puedo disponer disminuye rápidamente y me veo obligado, muy á pesar mío, á terminar la parte de pintura. No obstante, no puedo dejar de mencionar al menos el notabilísimo cuadro de Gessa, *Naturaleza muerta*, prodigioso como todos los del eximio maestro, del cual hay otras obras en la Exposición. Un valiente *Estudio* de Julio Boquet. *El lavatorio de Jueves Santo en la Catedral de Barcelona*, de J. Borrell, que patentiza grande estudio. *Enseñar con el ejemplo*, de Romero Orozco, otro artista que permite esperar mucho de su laboriosidad. *La vuelta de Montserrat*, de A. Ferrer, que tiene detalles y trozos muy buenos. Dos *Retratos*, de Eduardo Lozano, notables por la sinceridad y sencillez con que están ejecutados. La vigorosa *Marina* de Saborit, en la cual el inteligente artista valenciano ha figurado una lancha de auxilio socorriendo á un barco combatido por furioso oleaje, muy bien expresado. Y por último, un buen paisaje de Tordesillas, una tablita muy mona con una *Enredadera*, de M. Hernández Nájera; la figura del *Avaro* contando sus tesoros, de M. Oliver, y... nada más, porque á pesar mío me veo forzado á terminar, dejando sin nombrar siquiera á artistas apreciables que han aportado á la Exposición relevantes pruebas de su habilidad y su talento.

ESCULTURA

A. Querol, el conocido autor del frontón del palacio de Museos y Bibliotecas, ha aportado al certamen una nutrida colección de esculturas de todos géneros. Dejaré á un lado las estatuillas muy bien movidas de *D. Juan Tenorio* y *D.ª Inés*, los bustos de *S. M. la Reina Regente*, de la *Sra. Marquesa de Alonso de León*, de *D.ª Joaquina Osma*, de un *Santo asceta* y de *Tulia*, notables todos, pero en especial el último, por su actitud arrogante y soberbia, porque el gran relieve que representa á *San Francisco de Asís curando á los leprosos*, absorbe la atención y hace olvidar á las demás obras. Mucho se ha discutido ya sobre ésta, que reproduce un vaciado remitido tiempo atrás á la Academia de San Fernando; pero sean cuales fueren las opiniones de amigos y detractores, es necesario convenir en que el relieve, no terminado aún por cierto, encierra bellezas de primer orden, y que sobre todo el grupo principal y la figura del enfermo echado en el suelo detrás del santo son notabilísimos por la actitud, la expresión y la fidelidad con que reproducen el natural hasta en sus más mínimos detalles. Poco importa que la escultura en cuestión pertenezca al género realista ó no; lo esencial es, como decía Luis David á sus discípulos, que aquello que se haga, sea de la escuela que fuere, se haga bien, y esto no puede en justicia negársele al Sr. Querol.

De Mariano Benlliure es la *Estatua de D. Antonio Trueba*, destinada al monumento que en su honor se levanta en Bilbao. Aunque algo deteriorada por azares del transporte, la simpática figu-



HISTORIA Y ARTE

ra de Antón el de los Cantares es una joya que daría á su autor uno de los primeros lugares en la escultura contemporánea, si no lo tuviese adquirido tiempo ha. No puede exigirse más en cuanto á naturalidad en la actitud, sencillez en la expresión y feliz disposición del antiartístico traje moderno. A más de esta peregrina obra presenta Benlliure un *Busto de mujer* sumamente gracioso y expresivo.

Varias esculturas de diversos géneros ha aportado Susillo al concurso; *La bacanal*, interesante relieve lleno de vida, de movimiento y de brío verdaderamente báquico. El grupo de bacantes y sátiros beodos de la parte izquierda sobre todo es superior, y en cuanto á las figuras de la derecha y á las que se pierden en las lontananzas de la perspectiva, el ilustrado artista ha sacado todo el partido posible, teniendo en cuenta las dificultades que los medios plásticos ofrecen para alcanzar el dominio de los gráficos. También es muy bueno el *Cristo en la cruz*, figura de bronce perfectamente estudiada y modelada, á la que sólo encuentro falta de mayor expresión de angustia en la fisonomía. El grupo de Pilatos y un fariseo, titulado *Crucifije eum*, es atrevido y expresivo, siendo, en mi concepto, superior, por la energía del movimiento, la figura del judío á la del pretor romano.

Á un escultor de la ciudad del Turia, José Viciano Martí, se debe otra de las estatuas notables de la Exposición. *El afilador*. No sé si la apreciación acerca de la bondad de esta obra será todo lo general que merece, por lo rara que resulta la actitud del berberisco cuando no se la contempla desde un buen punto de vista; pero indudablemente, el dibujo es correcto, la musculatura está bien estudiada y la figura es digna de un verdadero maestro. Esta escultura no hubiese perdido nada colocándola en un pedestal más elevado.

Cipriano Folgueras puede estar orgulloso de su *Sacamuelas*, que será otro de los éxitos de la Exposición. La parte técnica es superior, y además hay en el Fígaro y en el paciente muchísima gracia en la expresión y en la actitud.

El primer intento, de Monserrat, que representa á un rapazuelo ensayando la difícil tarea de dar un paso, es una figurita encantadora y delicadamente modelada. Agapito Vallmitjana Abarca tiene un *San Ferónimo* que recuerda el famoso de Piquer; una *Leona con sus cachorros* grandiosa y monumental; Mateo Inurria hace reverdecer pasados y bien ganados laureles con su estatua de *Séneca*, de excelente modelado y buena anatomía. José Reynes exhibe una figura femenina, *Juvenalia*, seductora y coquetona. Rodrigo Alvarez Blanco un *David desafiando á Goliath*, que parece una estatua greco-romana, bien plantada y de estilo clásico de buen gusto. De Alcoberro hay un grupo graciosísimo y de buen efecto denominado *La pequeña ambiciosa* y el majestuoso *San Isidoro* esculpido para la escalinata del palacio de Recoletos, para el que se destina también el *Luis Vives* de P. Carbonell, de actitud tranquila y severa.

Finalmente, ya que he de concluir á todo trance, recomiendo á la atención de inteligentes y aficionados, pues hay en ellas cualidades muy apreciables, las esculturas siguientes: *El remordimiento*, de M. Emenota; *El guía*, de Castaño; *El fraile dominico tocando el violoncello*, de Claramunt; *Lo crit del Palleter*, de Elías Serra Giner; *La eternidad*, de J. Bautista Fon; *Cuerpo á cuerpo*, de J. Company. Dos grupos de Atche. *Hojas del árbol caídas* y el *Entierro de Judas*; *El último viva*, de Eugenio Carbonell. Una figura de una niña muerta de Aurelio Carretero, que lleva el epígrafe *¡Nació sin halagos, murió sin caricias!* y el grupo *Muerto por la patria*, de M. Garnelo.

Al terminar esta brevísima ojeada á la *Escultura* y á los cinco salones destinados á la pintura en el ala izquierda del palacio de la Castellana, no me extrañará que algún lector tache mi trabajo de benévolo en demasía. Tal vez desearía alguien que, cogiendo por mi cuenta á los expositores, hubiese rebuscado con afán los defectos que necesariamente se encuentran en toda obra humana, tomando pretexto de ello para poner en berlina lo mismo á los maestros que á los que todavía no han logrado este título. Semejante criterio no puede ser el mío. A causa de mis aficiones artísticas, sé por experiencia propia los afanes, las privaciones, las angustias y en muchos casos hasta las miserias que se ocultan tras de aquellos lienzos y esculturas expuestos al juicio público, y esto detiene la acerba crítica pronta á deslizarse en los trazos de la pluma. Pero consuélase el que tal desee, que no han de faltar ciertamente los críticos que en prosa y verso se encarguen de dar lecciones poniendo á los artistas como chupa de dómine. Para otros el papel de *reventadores*: yo no tengo por ahora alientos ni mucho menos espacio para tanto, y aunque bien conozco lo malo, me complazco y congratulo en buscar y alabar lo bueno, por pequeño que sea y donde quiera que lo encuentre.

A. DANVILA JALDERO.

EDITORES: HAUSER Y MENET.—*Ballesta, 30.*

MADRID.—Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.º

(DERECHOS RESERVADOS)